

Colección «EL POZO DE SIQUEM»
157

Jean Vanier

La fuente
de las lágrimas

Un retiro de alianza

2^a edición

Editorial SAL TERRAE
Santander

Esta traducción de *La source des larmes* se publica en virtud de un acuerdo con Éditions Parole et Silence (Paris). Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, total o parcialmente, por cualquier medio o procedimiento técnico sin permiso expreso del editor.

Traducción:

Milagros Amado Mier y Denise Garnier

Título del original francés:

La source des larmes. Une retraite d'alliance

© 2002 by Éditions Parole et Silence
60, rue de Rome / F - 75008 Paris

Para la edición española:

© 2004 by Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-I
39600 Maliaño (Cantabria)
Fax: 942 369 201
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es

Con las debidas licencias

Impreso en España. Printed in Spain

ISBN: 978-84-293-1525-7

Dep. Legal: BI-2976-06

Diseño de cubierta:

Fernando Peón <fpeon@ono.com>

Fotocomposición:

Sal Terrae - Santander

Impresión y encuadernación:

Publidisa

Índice

Prólogo, por Anne-Sophie Andreu 9

Introducción: Jesús llora 15

PRIMER DÍA «CONVIENE QUE HOY ME QUEDE YO EN TU CASA»

Oír la llamada 23
Reconocer la propia vocación 31
Arraigarse en la fidelidad 37

SEGUNDO DÍA «ERES PRECIOSO A MIS OJOS, Y YO TE AMO»

Descubrirse amado por Dios 47
Hacerse amigo del pobre 55
Descender para encontrar a Jesús 61

TERCER DÍA «SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...»

Tocar nuestras heridas 75
Encontrar la fuente de agua viva 83
Acoger al pobre oculto en nosotros 89

CUARTO DÍA
«AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS
COMO YO OS HE AMADO»

Aprender a vivir juntos	99
No abandonar jamás a Jesús	109
Perdonar y ser perdonado	115

QUINTO DÍA
«DIOS MÍO, DIOS MÍO,
¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?»

Penetrar en el interior del sufrimiento	121
Aceptar el misterio de la Cruz	129
Vivir la compasión con María	135

SEXTO DÍA
«DICHOSOS LOS PACÍFICOS...»

Saber esperar en la esperanza	147
Acceder a la confianza	155
Abrirse a la ternura	165

<i>Conclusión: Aquel que responde al grito</i>	175
--	-----

Este libro ha visto la luz porque durante el retiro de la *Alianza de El Arca* impartido en Santo Domingo, a algunas personas estas palabras les llegaron al corazón y las transcribieron. Anne-Sophie Andreu, una amiga de El Arca, las leyó, y también le produjeron un fuerte impacto. Anne-Sophie ha trabajado este texto con su propia competencia y su vida espiritual para darle su forma actual, más legible, más sencilla, más adaptada a una lectura meditativa, y le estoy muy agradecido por ello.

Mi esperanza es que esta espiritualidad en el corazón de nuestras comunidades de *El Arca* y de *Fe y Luz* llame a otros a seguir a Jesús por el camino de la compasión. Caminando junto a personas débiles y discapacitadas, descubrirán la presencia de Jesús, se harán amigos suyos y encontrarán una nueva fuerza y una nueva libertad.

JEAN VANIER

Prólogo:
La fuente de las lágrimas

¿Dónde se encuentra la fuente de las lágrimas? ¿De dónde vienen esas aguas que afloran repentinamente a la superficie de nuestra persona y que no podemos contener? Agua ardiente del dolor, agua amarga del remordimiento, agua dulce de la compasión, agua tranquilizadora del arrepentimiento y el consuelo, agua burbujeante de la alegría...; las lágrimas brotan cuando algo en nosotros se siente profundamente conmovido. Cuando estamos estremecidos o destrozados por el sufrimiento, por supuesto, pero también cuando nos sentimos afectados por el dolor ajeno, emocionados por la debilidad del otro, sobrecogidos por su angustia, o cuando estamos emocionados por el reencuentro, por el amor recibido o por el perdón otorgado. Cuando nuestros corazones de piedra se fisuran, brota de ellos agua, como de la roca de Meribá brotó agua en el desierto (Ex 17,6). ¿De dónde nacen las lágrimas sino de lo más profundo y secreto de nuestro ser?

Hacia esta fuente y este secreto quiere llevarnos a todos Jean Vanier utilizando este retiro dado en América Latina a asistentes de El Arca, porque nada de lo que aquí se dice está exclusivamente dirigido a ellos. En seis días que constituyen otros tantos capítulos, cada uno de ellos puesto bajo una invocación bíblica, nos propone, al ritmo de tres meditaciones al día, seguir de hecho un camino hacia nosotros mismos.

No un camino de tristeza o desolación, sino un camino de verdad, consolación y esperanza. Porque junto a la fuente hay, desde toda la eternidad, Alguien que nos espera.

No es casual que el encuentro de Cristo con la samaritana, ese encuentro en que él promete el «agua viva» que apaga la sed para siempre y se convierte en quien la bebe en fuente «que brota para la vida eterna», esté situado en el centro del libro, en el tercer día del retiro. A partir de ese encuentro en el que seremos nombrados en nuestra verdad, en el que Dios se descubre, es donde todo comienza o recomienza.

A partir de ese momento podremos dejar las riberas conocidas y entrar poco a poco en el misterio, podremos amarnos y amar a los demás, seremos capaces –después de haber hecho todo lo posible por combatirlo– de acoger nuestro sufrimiento y el de los demás. A partir de ese momento podremos aprender la esperanza, entrar en la confianza y abrirnos a la ternura. Y es hacia ahí hacia donde nos conducen los tres últimos capítulos del libro: desde el mandamiento esencial («Amaos los unos a los otros como yo os he amado»: Jn 4,10) pasando por el misterio de la cruz («¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»: Mc 15,34), hasta la ribera de las bienaventuranzas que cierra el libro («Dichosos los pacíficos»: Mt 5,4).

Pero para acudir a un encuentro al que quizá no sabemos si también hemos sido convocados, debemos empezar por aceptar ponernos a la escucha: oír la llamada, que es por donde se inicia el libro. «Conviene que hoy me quede yo en tu casa» (Lc 19,5), dice Cristo a Zaqueo en el primer capítulo; pero la llamada es diferente para cada uno de nosotros.

La llamada de Zaqueo no es ni la de Pedro ni la del joven rico. La llamada dirigida a Jean Vanier y a los asistentes de El Arca que han optado por compartir la vida de personas con una discapacidad mental es también diferente, como diferente es, no nos engañemos, para cada uno de

esos asistentes. Cada llamada, cada vocación –ambas palabras significan lo mismo–, se inscribe, en efecto, en una historia única que no se puede superponer a ninguna otra, una historia íntima y personal en la que cada cual es invitado a su manera, a su ritmo, con su propio don.

Esta llamada única que únicamente nosotros podemos escuchar y a la que únicamente nosotros podemos responder no se nos dirige, sin embargo, una sola vez, y es necesario escucharla y reescucharla una y otra vez si no queremos quedarnos en el camino. Porque el camino hacia nosotros mismos y hacia Aquel que nos espera hay que retomarlo continuamente. A su luz debemos releer, apaciguar y reinterpretar constantemente nuestra vida; a esa misma luz que guiará nuestros pasos cuando sepamos ver a Aquel que, sin embargo, camina ya en la sombra a nuestro lado.

Porque cada cual es llamado en su preciosa unicidad, no fundamentalmente para «hacer algo», dice Jean Vanier, sino para reconocerse ante todo como el bienamado. Éste es el tema del segundo capítulo, que retoma la frase de Isaías: «Eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo» (Is 43,4). Pero este auto-reconocimiento, misteriosamente, no puede sino ir acompañado del reconocimiento del otro, como si el amor al fin recibido, aceptado, acogido, abriera los ojos.

Así pues, cada uno es llamado a reconocer el don del otro y, en particular, el don del pobre, del pequeño, del desamparado, del rechazado por nuestra sociedad, porque, por la razón que sea, no puede seguir su ritmo. Viviendo en El Arca con los discapacitados mentales, compartiendo con ellos y con sus familiares las alegrías y las penas, los problemas comunes en las comunidades Fe y Luz o participando en todas esas comunidades que se han construido en torno a la presencia del pobre, se descubre una verdad sumamente misteriosa que es la verdad misma del Evangelio. No se trata

únicamente de obrar con generosidad ni de hacer el bien a los pobres, sino de ser amigo suyo. De descubrir, en la alianza con ellos, que son ellos quienes nos despiertan y nos sanan, quienes nos preceden y nos conducen por el camino de la vida.

Es lo que recordaba con fuerza el cardenal Etchegaray a los jóvenes del mundo entero reunidos en Roma en agosto de 2000: «La iglesia nos pide –decía el cardenal– que prestemos atención a los pequeños, los humildes, los pobres, a cuantos, como Cristo reconoció con júbilo, ven lo que permanece oculto a los sabios e inteligentes (cf. Mt 11,25). No olvidéis nunca este criterio evangélico, es el más valioso, el más seguro y también el más concreto para vuestro deseo de saber lo que espera Cristo de vuestra generación. Sólo quien tiene un alma de pobre es lo bastante desprendido, está lo bastante despojado de todo interés, para controlar el curso de la historia y, si es necesario, rectificarlo. Este mensaje, lo más bello de vuestro compromiso espiritual, está claro: vivir pobre como Cristo, vivir con los pobres para vivir con Cristo. La renovación de la Iglesia ha tenido lugar cada vez que se ha atrevido a establecer una alianza con los pobres».

El camino regio del Evangelio, nos repite también Jean Vanier, es ese oscuro camino del encuentro con los pobres, los malqueridos, los que se cruzan en nuestro camino, como es natural, pero también el que llevamos en nosotros como un niño herido al que ya no queremos oír. La gran luz del mediodía que alumbraba el encuentro de Cristo y la samaritana en el tercer capítulo «Si conocieras el don de Dios...» (Jn 4,10), del que hemos dicho que es una especie de eje del libro, ilumina también su herida, su pobreza. Esa parte sufriente de aquella mujer que escondía tanto a los demás como a sí misma y que puede revelar por fin, con absoluta veracidad, a Aquel que, sentado junto al pozo, la

reconforta e ilumina con esa luz completamente distinta que hace posible la reconciliación con uno mismo y con los demás. Porque sólo después de haber comprendido hasta qué punto somos amados, después de haber reconocido el «don de Dios» para uno mismo y para los demás, se puede oír de verdad el mandamiento del amor mutuo y entrar en la alianza.

El camino hacia uno mismo, así como el camino hacia los demás, es el camino de la alianza. La historia de Dios con la humanidad es la historia de una alianza. En esos retiros a los que los asistentes de El Arca acuden con regularidad a releer su vida, reescuchar la llamada y entrar en sí mismos para acogerse en la desnudez de su verdad, quienes lo desean pueden también «anunciar la alianza», es decir, reconocer en una ceremonia muy sencilla, en cuyo centro tiene lugar la celebración del lavatorio de los pies, qué forma concreta ha adoptado en su vida esa alianza fundamental. Reconocen que el vínculo que Dios establece con nosotros y entre nosotros y los demás se expresa para ellos en esa opción particular que es su vida en El Arca.

Y ésa es, sin duda, la pregunta que también nosotros somos invitados a responder al final de nuestra lectura y nuestra meditación. ¿Cuál es «nuestra» alianza?; ¿junto a quién, con quién, cómo, a qué hemos sido llamados?

Quizá lo sepamos y hayamos respondido hace mucho tiempo, o puede que aún no hayamos tomado conciencia de que también nosotros hemos sido llamados. Tal vez estemos buscando algo que dé sentido a nuestra vida, o quizá seamos demasiado ricos o estemos demasiado llenos de proyectos, o, por el contrario, demasiado agobiados para creer posible oír nada. ¡No importa! Lo que nos dice Jean Vanier es que siempre estamos a tiempo de tomar o retomar el camino, que no debemos tener miedo de nosotros mismos, de los demás o de la vida. Seamos quienes seamos,

nos encontremos en la situación en que nos encontremos, somos esperados como ese huésped señalado que falta en la fiesta en tanto permanece aparte. Ya seamos el hijo mayor o el hijo pródigo, todos estamos invitados al banquete de la alianza, y nuestra entrada en la danza no depende más que de nosotros.

ANNE-SOPHIE ANDREU

Introducción: Jesús llora

Jesús entra en Jerusalén y llora.
El llanto de Jesús es muy misterioso.
Jesús ve lo que va a suceder,
ve que Jerusalén va a ser destruida,
que la ciudad santa se convertirá en un lugar de guerra y sufrimiento.
Jesús llora: «Si conocieras en este día el mensaje de paz...».
Esta semana vamos a intentar penetrar un poco en ese mensaje de paz de Jesús, descubriendo el don de Dios, el secreto del Evangelio, ese gran secreto que solemos o queremos ignorar.

Jesús llora por nuestro mundo.
Llora por Haití,
llora por nuestros países, en los que reina la división, la desigualdad, la exclusión.
Para penetrar en el misterio de El Arca, es necesario comprender el misterio de las lágrimas de Jesús.
En nuestras comunidades de El Arca, muchas de las personas que hemos acogido habían sido abandonadas... Han llorado mucho...
El Arca ha sido edificada sobre sus lágrimas.

Luisito es un discapacitado profundo. Antes de ser acogido en El Arca, vivía en una chabola de la calle, cerca de una iglesia. Cuando murió su madre, se quedó solo. Algunas vecinas se ocupaban un poco de él y le daban de comer, pero no se acercaban demasiado porque es contrahecho, no puede andar ni hablar y olía mal. Molestaba a todo el mundo, en la iglesia y fuera de ella. Él es el fundador de El Arca en Santo Domingo ¡y es tan hermoso verle hoy...!

Claudia procede del asilo de San Felipe, en Honduras. Ciega y autista, fue abandonada siendo muy pequeña. Los primeros años en la Casa Nazaret estaba muy perturbada, muy angustiada y gritaba mucho. Ahora se ha calmado y trabaja en el taller y pone la mesa... Cuando la vi hace dos años, en mi último viaje, canturreaba continuamente y sonreía. Le dije: «¿Puedo hacerte una pregunta?».

– «Sí, Juan».

– «Claudia, ¿por qué eres tan feliz?».

Ella contestó: «Dios».

Me pareció precioso: aquella niña abandonada, rechazada, a la que nadie quería, se había hecho amiga de Dios.

Los que vivimos en El Arca, ya seamos amigos de la misma, miembros del consejo de administración o sacerdotes de la comunidad, somos grandes privilegiados, porque estamos cerca de Luisito, de Claudia, de los pequeños y pobres de este mundo, y podemos tocar a Jesús físicamente.

Porque éste es el misterio, éste es el secreto del Evangelio: Luisito hace a Jesús físicamente presente.

Es una locura, pero mucho de lo que voy a decir será una locura, porque ¡el Evangelio es una locura!

Lo que nos dice es tan extraordinario, tan asombroso, que nos resulta difícil creerlo; tan difícil como para María creer que aquel niño que llevaba en su seno, y después en sus brazos, era Dios.

Y aquel niño necesitaba a María, necesitaba que le alimentase, le arropase y, más importante aún, que le amase. Un niño necesita ser amado, y el Verbo que se hizo carne necesitaba ser amado.

El misterio en el que vamos a intentar penetrar esta semana es también el de la pequeñez de Dios.

Nos es difícil creer en la pequeñez de Dios, porque, principalmente, él es para nosotros el Todopoderoso,

Aquel que lo ha creado todo:

el cielo y la tierra, el agua y todas las criaturas marinas, el inmenso mundo vivo de los animales y las plantas, de los hombres y de las mujeres.

¡Nuestro Dios es tan grande...!

Cuando miramos las estrellas, la distancia entre ellas, cuando imaginamos los soles detrás de los soles, las galaxias detrás de las galaxias, podemos percibir un poco la inmensidad de Dios.

Y es ese Dios el que se hace carne y se convierte en un niño pequeño.

En el Evangelio de Juan, Felipe dice a Jesús: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta», y Jesús responde: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,8-9).

Quien ve a Jesús, ve a Dios;

quien toca a Jesús, toca a Dios;

María, que lleva a Jesús en sus brazos, lleva a Dios.

Es la locura de la Encarnación.

Y esa locura de la Encarnación se prolonga: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Quien visita al preso, quien viste al desnudo, quien acoge al forastero, es a Dios mismo a quien visita, viste y acoge.

Vamos a penetrar en este misterio, que es un poco el secreto del Evangelio, pero sólo podremos penetrar de verdad en él si todo nuestro ser está a la escucha.

Lo que vamos a oír es, en efecto, demasiado extraño para poder comprenderlo de entrada, sin la ayuda del Espíritu. Para entenderlo de verdad, debemos situarnos a la luz de Aquel que es el único que posee el poder de enseñar.

El Espíritu Santo hará penetrar una u otra palabra en lo más profundo de nuestro ser.

Estemos, pues, muy atentos, no a mis palabras, sino a la Palabra de Dios que se revela así en cada uno de nosotros.

Estemos muy a la escucha del Evangelio, de esa locura de Dios, muy a la escucha del Espíritu Santo que habita en nosotros.

En el libro de Oseas leemos:

«Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

Éste es, en alguna medida, el sentido de nuestro retiro. Estamos apartados... No es exactamente el desierto, pero puede llegar a serlo, o tal vez estemos ya en él, y eso está bien. Es signo de que Jesús nos ha seducido, nos ha conducido allí y quiere hablarnos.

Jesús quiere hablar a nuestro corazón, no a nuestra cabeza, abramos, pues, nuestro corazón de par en par para acoger lo que quiere darnos.

El profeta prosigue: «Le daré sus viñas», es decir, le daré fecundidad, le mostraré cuán fecunda es su vida, «convertiré el valle de Acor en puerta de esperanza».

Sí; nuestra vida puede ser fecunda, porque Jesús nos llama a dar mucho fruto, a dar la vida. Tendemos a olvidarlo porque la fecundidad nos asusta un poco.

Nos gusta «hacer» cosas, pero nos da miedo dar la vida y llevar con nosotros a aquellos y aquellas a quienes hemos devuelto la vida.

También puede darnos miedo afrontar la realidad, porque suele ser dolorosa o decepcionante; así que nos refugiamos en sueños, nos evadimos en ilusiones, nos encerramos en teorías, nos atiborramos de distracciones. Actualmente, en los Estados Unidos se ve la televisión una media de veintiocho a treinta y dos horas por semana. Es todo un mundo de ilusiones y sueños que prima sobre el mundo real.

Así más o menos huimos todos de nuestro valle de Acor, ese lugar de nuestro sufrimiento más íntimo, del que Dios, sin embargo, nos ha dicho que, si penetramos allí con él, se convertirá en puerta de esperanza.

El valle de Acor es un valle cercano a Jericó, lleno de peligrosas gargantas, repleto de serpientes, escorpiones, enormes arañas y bestias salvajes; un lugar terrible en el que había que evitar penetrar, un lugar del que todos se alejaban, que todos evitaban.

Ahora bien, Dios dijo que ese valle desdichado se convertiría en puerta de esperanza. Es muy misterioso y está lleno de promesas.

En cada uno de nosotros hay un valle de Acor, cosas en nuestra persona que no queremos ver, que no queremos recordar, a las que no deseamos acercarnos; cosas que rodeamos, de las que nos apartamos porque nos duelen demasiado, y todos tememos el sufrimiento. También hay personas a las que no queremos ver, que evitamos porque nos molestan; son demasiado diferentes, sufren demasiado, y su sufrimiento nos da miedo.

Ahora bien, Dios dice: si penetras en ese lugar que intentas evitar, será una «puerta de esperanza».

Si te aproximas a los que se rechaza, se evita, se excluye, se aplasta o se oculta en asilos o instituciones, porque dan vergüenza y molestan, entonces descubrirás que son «puerta de esperanza».

Del mismo modo, si te aproximas en ti a lo que te hace sufrir o te da miedo: bloqueos, durezas, resistencias, cosas de las que te avergüenzas y no quieres ver, si te atreves a penetrar conmigo en tu valle de Acor personal, dice el Señor, entonces se convertirá en «puerta de esperanza».

Solos no encontraremos el camino.
Es con Jesús con quien debemos avanzar
tomados de la mano.

Así pues, en este comienzo del retiro,
pongamos nuestra mano en la de Jesús y pidámosle que
nos guíe, que nos revele el secreto del Evangelio.

PRIMER DÍA

«CONVIENE QUE HOY
ME QUEDE YO EN TU CASA»

Oír la llamada

Jesús llora por Haití.
Jesús llora por Santo Domingo.
Jesús llora por nuestro mundo.
Hay tantas desigualdades, tanta violencia, tanto odio...

Jesús vino a traernos la paz, a hacer de la humanidad un solo cuerpo en el que cada persona encuentre su sitio. Y nosotros hemos hecho de nuestra tierra algo muy distinto: un lugar de rivalidades, de guerras entre naciones, entre razas, religiones, clases sociales...

Sí; nuestra tierra es un lugar violento donde todo el mundo se arma para defenderse, para defender a su familia, su clase, su religión, su nación... para defenderse de sí mismo.

El armamento nuclear, los carros de combate, las ametralladoras son los signos visibles de ese armamento personal invisible que todos poseemos y que ponemos de inmediato en acción en cuanto nos creemos o nos sentimos amenazados.

Tenemos tanto miedo de que nos rebajen, de que nos desprecien, de que no nos den lo debido...

Es la misma violencia, el mismo odio, que nos describe el Génesis cuando Dios llama a Noé.

«Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Yahvé haber hecho al hombre en la tierra y se indignó en su corazón» (Gn 6,5).

Lloró,
como Jesús lloró por Jerusalén.

Y un poco más adelante leemos: «La tierra estaba corrompida en la presencia de Dios: la tierra se llenó de violencias. Dios miró la tierra y vio que estaba viciada, porque toda carne tenía una conducta viciosa sobre la tierra» (Gn 6,11).

Es la misma violencia que atraviesa la historia, el mismo proceso de odio que se repite siglo tras siglo, alimentado por nuestro miedo y nuestra vulnerabilidad.

Porque, si somos violentos, es porque antes somos vulnerables.

La violencia es la respuesta de nuestro corazón herido a la incomprensión, el rechazo y la falta de amor.

Cuando somos mal amados, rechazados, la herida se abre, nos duele, y entonces desplegamos todo nuestro sistema defensivo.

Recuerdo
una visita a una cárcel de alta seguridad en Kingston, Canadá,
donde hablé a los presos de los hombres y mujeres de mi comunidad;
hablé de sus sufrimientos, de su vulnerabilidad, de sus depresiones, de sus fracasos, de sus gestos de automutilación,

de su infancia rota y de los dolores que la marcaron...
Cuando voy a una cárcel, suelo hablar de los hombres y mujeres de mi comunidad, porque sé que hablando de ellos, hablo también de quienes están ante mí, porque ésa es también su historia, una historia de rechazo, inseguridad, fracaso y duelo.

Al final de la charla, un hombre se levantó y se puso a gritar:
«Tú has tenido una vida fácil, no entiendes lo que nosotros vivimos.
Yo, a los cuatro años vi cómo violaban a mi madre ante mis ojos,
a los siete años mi padre me vendió a unos homosexuales,
y a los trece unos hombres de azul vinieron a buscarme...
Y si alguien viene de nuevo a esta cárcel a hablarnos de amor, le romperé la cabeza a patadas».

Le escuché sin saber qué decir.
Me sentía entre la espada y la pared,
y oré.

Después le dije: «Es verdad que mi vida ha sido fácil; es verdad que no conozco vuestra vida, pero lo que sí sé es que todo lo que acabas de decir es muy importante, porque, fuera, solemos juzgaros sin conocer vuestros sufrimientos, vuestra historia, vuestra infancia. ¿Me autorizas a contar fuera lo que me has dicho?»

Él respondió que sí.
Entonces añadí: «Vosotros tenéis cosas que deciros; pero algún día saldréis de aquí y quizá necesitéis oír ciertas cosas».

Luego pregunté a aquel hombre si yo podría volver a aquella cárcel cuando pasase de nuevo por la zona; él me respondió que sí.

Después de las preguntas, que marcaban el final de la charla, fui hacia él, le estreché la mano y le pregunté su nombre y de dónde era.

De repente me vino la inspiración de preguntarle si estaba casado y, como me contestó que sí, le dije: «Háblame de tu mujer».

Entonces aquel hombre tan violento y que tenía tanto odio dentro se echó a llorar.

A través de sus lágrimas, me habló de su mujer: estaba en una silla de ruedas, vivía en Montréal y no la había visto desde hacía dos años.

Me encontraba ante un niño que lloraba, sediento de ternura, un hombre de una inmensa vulnerabilidad.

Al hablar yo de amor, de comunión, de ternura; de todo aquello de lo que él había sido privado, había reavivado todas sus heridas y le había resultado insoportable.

Él fue quien me enseñó que la fuente de las lágrimas y de la violencia no siempre es el orgullo o la avidez de poseer o el miedo a la miseria...

sino algo más profundo:
una manera de defenderse de lo intolerable,
de protegerse de la propia vulnerabilidad, del miedo a sufrir.

Y Dios lo sabe.

Así pues, en nuestra tierra, machacada por la violencia, Dios llama a hombres y mujeres a crear nuevos lugares en los que no haya necesidad de defenderse, lugares de paz, de amor, de comunión, donde cada persona pueda ser acogida en su debilidad, su fragilidad y su vulnerabilidad.

Lo que la Iglesia debería ser en todas partes. Pero la Iglesia está constituida por hombres y mujeres y en ella puede leerse también una historia de poder y violencia.

Debe esforzarse sin cesar por volver a lo esencial, al corazón de lo que es, y no dejarse corromper.

Jesús pidió a sus discípulos que se lavasen los pies los unos a los otros...

En la primera sesión del concilio Vaticano II, los cardenales llegaron con colas de cuatro metros sostenidas por monaguillos, porque los cardenales son los príncipes de la Iglesia... Luego prevaleció la sencillez.

Durante mucho tiempo, algunos teólogos se preguntaron si los esclavos tenían alma; muy pocos de ellos hablaron en contra de la esclavitud.

Como nos indica la Carta de Santiago, apenas unos años después de la muerte de Jesús, las cosas comenzaron a torcerse en las comunidades cristianas.

Se puso a la gente bien vestida en los primeros lugares de las asambleas, y a los pobres andrajosos al fondo, para que no molestaran (St 2,4-9).

Santiago se sintió herido e incluso indignado:
Jesús murió por poner a los pobres en el corazón de la comunidad, y la comunidad va excluyéndolos progresivamente.

Pero Dios llama sin cesar,
en cada nueva violencia
hay una llamada siempre nueva
y, sin embargo, siempre la misma.

Antes del diluvio, así se calificaba a Noé: «Varón más justo y cabal de su tiempo, que andaba con Dios» (Gn 6,9).

Debemos tomar conciencia tanto de la violencia de nuestro mundo como de la de nuestro corazón, pero también debemos escuchar la llamada incesante de Dios.

En muchos países ha sido instituido el domingo de las vocaciones.

Ese día se pide a los cristianos que oren por las vocaciones de los sacerdotes, los religiosos y las religiosas.

Es importante.

Pero ¿no tienen vocación otros también?;

¿no son también llamados?;

¿no tiene cada cual su camino?

¿No es el matrimonio una vocación?

Sí; y es una vocación tan difícil

que se precisa toda la fuerza de Dios y su llamada para vivirla.

Por eso hay un sacramento del cuerpo que es muy misterioso, porque es como la unión de Dios y la Iglesia (Ef 5,32).

¿No tienen vocación los discapacitados?

Sí; y san Pablo nos lo recuerda enérgicamente cuando nos dice:

«Ha escogido Dios más bien a los locos del mundo para confundir a los sabios.

Y ha escogido Dios a los débiles del mundo para confundir a los fuertes.

Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios» (1 Co 1,27-28).

Es verdaderamente importante que haya un domingo en el que la Iglesia entera ore por la vocación de los sacerdotes y religiosos, pero es peligroso identificar la vocación con el sacerdocio y la vida religiosa.

No están por un lado los que tienen vocación, y por otro los demás, los dejados de lado.

Dios llama sin cesar a cada persona,
por su camino propio, con su don único,
a construir, como Noé, un arca,
una comunidad de amor,
a oponer la paz a la guerra,
el amor al odio,
la unión a la desunión,
la acogida a la exclusión.

Pidamos a Jesús que nos ayude a oír
Su llamada en nosotros.

Reconocer la propia vocación

Es verdad, Dios llama sin cesar,
y no debemos creernos excluidos de su llamada por sentir-
nos demasiado pequeños o sin importancia.
Porque Dios llama ante todo no a los más sabios,
los más poderosos o los más fuertes,
sino siempre a los más pequeños, los más pobres, los locos
y los débiles, los despreciados...

Esta opción de Dios por los más pequeños se ve en toda la
Sagrada Escritura.

Veamos la historia de David.

Samuel es enviado por Dios para consagrar al rey que será
elegido entre los hijos de Jesé de Belén.

Jesé le va presentando sucesivamente a sus siete hijos,
todos altos, fuertes, instruidos,
pero Yahvé no elige a ninguno de ellos.

Llaman entonces al último, David, el más pequeño, que
está en el campo cuidando del ganado,
y él es el elegido por Yahvé (1 S 16,13).

Igual que la historia de santa Margarita María, que me
gusta mucho.

Un día dice a Jesús: «No soy digna de todas estas revelaciones,
no deberías haberme elegido,
¡me siento tan pobre...!».

Y Jesús le responde: «Si hubiese encontrado una mujer más pobre que tú, la habría elegido a ella».

Verdaderamente, la elección de Dios no es la de los hombres.

Fijémonos en Jeremías, elegido como profeta y no sabe hablar, o en el pobre Moisés que tartamudea.
¡Qué problema para un profeta tartamudear!

O también en María Magdalena, una mujer que se dedica a la prostitución. Jesús la llamó y la quiso tanto que tiene un lugar muy especial en los evangelios.

O bien la samaritana, la única persona a la que Jesús revela que él es el Mesías.

Ante los demás hace las obras propias del Mesías, anuncia con fuerza la palabra de Dios, pero nunca dice que él es el Mesías.

Es el Padre quien revela a Pedro y a los apóstoles que Jesús es el Cristo.

Pues bien, esa mujer a la que se hace la revelación ni siquiera es judía.

Forma parte de una especie de secta que los judíos consideraban sobre poco más o menos como consideramos hoy a los testigos de Jehová.

Esa samaritana es una mujer de mala vida que ha vivido con cinco hombres y no está casada con el último.

Puede que tenga muchos hijos cuyo padre probablemente ignora.

Una mujer muy herida y muy pobre, llena de culpabilidad, que no sabe amar porque no es amada

y que está segura de que Dios la rechaza como hacen los demás.

Pues bien, es esta mujer quien dice a Jesús: «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo».

Y Jesús le responde: «Yo soy, el que está hablando contigo» (Jn 4,25-26).

La elección de Dios no es la de los hombres.

Él elige primero a los pobres, a los que reconocen ser pobres y no tener tal o cual capacidad, porque la pobreza no es únicamente material, es estar desprovisto, ser impotente, sentirse necesitado.

Una madre que acaba de perder a su hijo es pobre, una mujer abandonada por su marido es pobre, un hombre que pierde su trabajo es pobre, quien se entera de que tiene cáncer es pobre, quien envejece y se debilita es pobre; todos nosotros, cuando nos sentimos desarmados, débiles, incapaces, y lo admitimos, somos pobres.

El drama es que nos negamos a admitir nuestra pobreza, por miedo a ser rechazados.

Nos han enseñado que hay que ser el mejor, el más fuerte, el más sólido, el que gana, porque los pobres, los débiles, los frágiles, los mal amados, los necesitados, son despreciados;

la sociedad los deja a un lado.
Así que disimulamos todo lo posible. Simulamos ser fuertes y capaces, y vivimos de las apariencias.

Es preciso que oigamos a Dios en nosotros decimos: «No necesitas aparentar,
no necesitas esconderte,
puedes ser tú mismo.

No te llamé a El Arca ante todo para ayudar a los pobres,
ni para tener un buen sueldo ni un horario de trabajo cómodo,

ni para mostrar a todos lo generoso o eficaz que eres,
te llamé porque eres pobre, como las personas que has venido a servir,
y porque es a los pobres a quienes he prometido el Reino».

Quizá hayamos venido a El Arca por muchas buenas razones,
pero sólo podremos permanecer en ella si descubrimos que es Dios mismo quien nos ha llamado.

Tal vez hayamos aceptado formar parte del Consejo de Administración por muchas buenas razones,
o simplemente porque queda bien en una tarjeta de visita - hay gente que colecciona consejos de administración-,
pero sólo podremos permanecer en él si descubrimos que es Dios mismo quien nos ha llamado.

La realidad de El Arca es tan pobre, tan pequeña...

En Betania, en Cisjordania, comenzamos una comunidad con un Consejo de Administración maravilloso.

En la primera reunión había doce palestinos, musulmanes y cristianos.

En la reunión siguiente eran nueve,

y después, poco a poco, fueron desapareciendo,
y sólo quedó uno...

Habían soñado formar parte de una gran institución, ayudar a muchas personas, encontrar mucho dinero, discutir con ministros y gobiernos para aportar soluciones,
y descubrieron lo que descubren todos los Consejos de El Arca,

que El Arca no es una solución, sino un signo, y que no es ni muy cómodo ni muy gratificante formar parte del Consejo de Administración de una comunidad que no es más que un signo.

Para permanecer en El Arca,
hay que descubrir que El Arca es la vocación personal,
ante todo, la vocación de Claudia, Luisito, Lidia, los más pobres, a los que Dios ha elegido en primer lugar,
la vocación de los asistentes que son llamados a vivir con ellos,
la vocación de las familias que se comprometen con las comunidades
y la vocación de los miembros de los Consejos de Administración.

Dondequiera que estemos, sólo permaneceremos si comprendemos que estamos en ese lugar para responder a la llamada de Jesús que nos invita a algo misterioso, secreto y muy hermoso: crecer en el amor.

Pidamos a Jesús que nos ayude a no tener miedo de nuestra pobreza,
a no avergonzarnos de ella
y a tomar conciencia de nuestra vocación, de nuestra misión.

Arraigarse en la fidelidad

La llamada de Jesús es siempre distinta y, sin embargo, su propósito es siempre el mismo: es una llamada a crecer en el amor, a hacer crecer el amor en nosotros y en el mundo.

Cuando hayamos reconocido la llamada, cuando hayamos encontrado nuestro sitio —lo que puede llevarnos tiempo—, para poder crecer, debemos aprender a enraizarnos, a ser fieles.

Que el asistente que vive día tras día con las personas discapacitadas no pase el tiempo diciendo: «¡Ay, si yo formase parte del Consejo de Administración...!» o pensando que estaría mejor en otro sitio, en otro hogar, en otra zona, en otro país.

Que quien forme parte del Consejo no pase el tiempo lamentando no vivir en un hogar.

Que la madre de familia no pase el tiempo deseando vivir en un hogar, y el asistente que vive en un hogar lamentando no haber fundado una familia...

Que el psiquiatra no piense que sería preferible ser asistente.

¡No; lo que debe ser es un buen psiquiatra!

Cada miembro de la comunidad debe estar en su sitio y desempeñar su papel.

Que cada uno vaya comprendiendo poco a poco lo que la llamada inicial significó para él, a qué le llamaba Jesús.

Se necesita tiempo para que las opciones maduren y se hagan fecundas.

Cada llamada es distinta, cada llamada es única, pero cada persona, allí donde esté y como esté, es llamada a dar la vida.

San Marcos cuenta como un hombre corrió hacia Jesús y, arrodillándose ante él, le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?». Jesús le habló de los mandamientos de Dios, y el hombre le respondió: «Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud». Jesús, fijando en él su mirada, le amó...».

Prestad mucha atención a esta frase, el texto no dice: «le amó», sino «fijando en él su mirada, le amó». ¡Sus ojos debieron de ser muy expresivos!

Entonces Jesús le dijo: «Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme» (Mc 10,17-22).

«Ven y sígueme; vamos a caminar juntos, vas a ser amigo mío.

En un mundo donde hay tanto egoísmo, injusticia y violencia, te enseñaré a ser un hombre de amor, un hombre de esperanza, un hombre de paz.

No temas, te enseñaré poco a poco a vivir de tal manera que todo tu cuerpo, todo tu ser, sea signo de la buena nueva».

Sin embargo, el joven tiene miedo.

En la llamada de Jesús hay algo muy hermoso.

Descubre que es amado,

ante él se abre otro mundo.

Pero también hay algo muy exigente:

debe aceptar dejar su antiguo mundo y vender aquello a lo que estaba apegado.

Cada llamada, cada decisión,

implica un duelo:

adquirimos y perdemos.

Cuando uno se casa y elige una mujer, hace objetivamente el duelo de millones de otras.

Del mismo modo, el asistente que se casa debe saber que tendrá que hacer el duelo del celibato, el duelo de la vida del hogar y de una determinada forma de relación que ha conocido en la vida comunitaria.

Llamada y duelo son inseparables.

Si se acepta la llamada, rechazando el duelo, se corre el riesgo de vivir en una contradicción.

Yo digo siempre que eso es lo más cansado:

se elige El Arca, se quiere vivir en El Arca, pero no se aceptan todas las consecuencias de la elección,

se lamenta no tener un buen salario, llevar una vida sencilla, no hacer grandes cosas.

Hay llamada y duelo..., pero ¿a quién le gusta el duelo?

Cuando dejé la marina, hace ya más de cuarenta años, vendí cuanto tenía y di el dinero a los pobres.

Ahora ya no tengo gran cosa que vender, y lo que tengo, dudo mucho que a alguien le apetezca comprarlo.

Pero la llamada y el duelo son constantes. Todavía hoy tengo que hacer duelos, no de la misma manera, son más bien actitudes interiores: miedos, inseguridades, certezas...

El duelo no se hace de una vez por todas. Hoy, cada día, tengo que hacerlo, porque cada día me llama Jesús a ser santo y amar, a ser hijo del Padre, liberado del miedo.

Hay una segunda llamada de Jesús que es también una hermosa historia: la llamada a Zaqueo (Lc 19,1-10).

Zaqueo era un hombre de poca estatura, lo que le era cómodo para viajar (no tenía problemas para encontrar cama a su medida), pero era más desagradable cuando se encontraba en medio de una multitud, porque, por muy de puntillas que se pusiera, no veía nada.

No obstante, ése no era el único problema de Zaqueo. Zaqueo era un publicano, es decir, un recaudador de impuestos.

Su oficio no le hacía precisamente popular, y su situación se agravaba porque los publicanos recolectaban los impuestos para los romanos y, por lo tanto, eran considerados «colaboracionistas» y traidores.

Se beneficiaban mucho de la ocupación romana, pero eran despreciados y odiados por los «verdaderos» judíos.

Pues bien, ese Zaqueo traidor y deshonesto —se cobraba de lo que recolectaba, tendía, ciertamente, a reclamar más de lo que se le debía— oyó decir que Jesús llegaba a Jericó.

Algo en él se sentía atraído por Jesús, y «trató de ver quién era».

Dejó el trabajo y salió corriendo, pero había mucha gente, y él era demasiado bajo.

Entonces se adelantó y se subió a un sicomoro.

¡Un notable, el «super-inspector» de impuestos de Jericó, subido a un árbol! Debió de ser muy divertido.

Jesús debió de reírse...,

después, al ver el fondo del corazón de Zaqueo,

le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa».

Zaqueo descendió y corrió a su casa.

Me le imagino diciendo a su mujer:

«¡Jesús va a venir a comer con nosotros!»;

y ella: «Pero ¡tú estás loco!; ¡has bebido!; ¡no sabes lo que dices...! ¡No es posible!».

Hay escenas a las que verdaderamente me habría gustado asistir, y personajes que me alegraré de ver un día en el cielo.

Yo creo que debió de ser una buena riña conyugal...

Y cuando por fin ella se convenció de que Zaqueo decía la verdad,

se enfureció. Verdaderamente no es el momento, no hay nada preparado, la casa está en desorden, los niños no se han bañado...

Las autoridades morales de Jericó,

todos los judíos bienpensantes montaron también en cólera: Jesús debería haber ido a casa del jefe de la sinagoga (hoy diríamos a casa del párroco o donde las religiosas o a casa de tal o cual persona...).

¿Por qué no lo hizo? ¿A qué iba a casa de un publicano, de un traidor vendido a los romanos?

Estaban furiosos y ofendidos.

«Todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”».

Estaban muy extrañados y tenían la impresión de no entender nada. ¡Era el mundo al revés!

Jesús siempre actúa así. Pone nuestro mundo egoísta y falsamente virtuoso del revés, desarregla y trastoca el orden establecido, invierte los valores al uso para instaurar un orden social completamente nuevo.

Jesús fue, pues, a casa de Zaqueo, y no le dijo que vendiera la casa y le siguiera, le dijo: «quiero quedarme en tu casa».

Son dos las llamadas de Jesús:

Al joven rico le dice: «Ve, vende cuanto tienes y sígueme. No hagas el equipaje, no lo necesitarás, yo me ocuparé de ti».

A Zaqueo le dice: «Conviene que hoy me quede yo en tu casa».

Y lo uno no es más fácil que lo otro.

Sería mucho más cómodo para todo el mundo que Jesús se quedase en la iglesia, podríamos ir a verle de vez en cuando, cuando quisiéramos, o pudiéramos, cuando estuviésemos dispuestos o le necesitásemos.

Pero ¡tener a Jesús en casa!

Es tan difícil y exigente como seguirle por los caminos.

Cuando Jesús nos dice que quiere vivir en nuestra casa y le acogemos en ella, transforma muchas cosas en nosotros y en nuestra manera de vivir.

Como sabéis, a menudo en la familia no se vive verdaderamente juntos, no se habla mucho.

Y puede haberse establecido, sin querer, todo un sistema para huir los unos de los otros.

La mujer huye centrándose en sus ocupaciones.

El marido, en la lectura del periódico o en la televisión o en su trabajo, que le ocupa y le preocupa sin cesar.

Y Jesús dice al ama de casa:

«¿No podrías dejar de ordenarlo todo? Siéntate, escucha a tu hijo, a tu hija, tómate tiempo para estar con ellos...».

Y Jesús dice al trabajador modelo:

«Puede que ni el periódico ni el trabajo sean lo principal. Ve a hablar con tu mujer, con tus hijos...».

Hay muchos hombres que no saben lo que es ser padres.

Creen que basta con asegurar la vida material de sus hijos y con orientarlos por el camino que ellos consideran adecuado.

No; ser padre es mucho más que eso.

Es, ante todo, querer a los hijos, escucharlos,

estar atento a cómo son,

respetar su crecimiento y ayudarlos a madurar

protegiéndolos, pero también confiando en ellos

y dejándoles encontrar su lugar propio.

Ser padre o madre es una vocación especial muy exigente y muy hermosa,

porque es una llamada de Dios,
y Dios quiere morar con nosotros.

Tomémonos hoy tiempo para escuchar la llamada de Dios
en nosotros.

Para escuchar a Dios llamándonos por nuestro nombre,
para reencontrar el amor de nuestra juventud,
para revivir la primera llamada que nos dirigió y nuestro
primer «sí» a Jesús,
o para escuchar su llamada por primera vez.

Tomémonos tiempo para escuchar a Jesús,
que nos llama, como el primer día,
a seguirle, amarle
y acogerle en nuestra casa.

SEGUNDO DÍA

«ERES PRECIOSO A MIS OJOS,
Y YO TE AMO»

Descubrirse amado por Dios

El profeta Oseas dice: «Voy a seducirla, voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón» (Os 2,16).

El desierto es un lugar que siempre da un poco de miedo.

Se está solo,

lejos de las actividades personales, de las seguridades habituales,

lejos de los puntos de referencia.

Se siente uno desprovisto, empobrecido,

como abandonado en el vacío.

En esa pobreza es donde Dios se acerca a nosotros para hablarnos.

El profeta continúa: «Ella responderá allí como en los días de su juventud,

como el día en que subía del país de Egipto».

Los casados recuerdan mucho tiempo la alegría de los días previos a su matrimonio,

después olvidan.

Recordamos mucho tiempo nuestro primer encuentro con

Jesús: éramos tan felices...,

después olvidamos.

Recordamos mucho tiempo la primera semana de asistentes en El Arca:

era tan bonito...;

después olvidamos.

Pasan los años, nos cansamos, nos desgastamos,
 todo se reviste de monotonía.
 Y Yahvé dice: «Te llevaré de nuevo a los días de tu juven-
 tud,
 al día en que subiste del país de Egipto.
 Recuerda la alegría que experimentaste entonces».

Imaginad la alegría de los israelitas cuando, después de
 tantos años, ven el mar abrirse ante ellos
 y se dan cuenta de repente de que son libres.
 En plena alegría, más importante que la libertad recuperada,
 es la certeza de que Dios vela por ellos,
 de que es él quien los conduce
 y quien está con ellos desde el principio.
 Todos hemos tenido experiencias de esta índole:
 estamos ante un muro,
 en una situación imposible,
 y súbitamente, sin ni siquiera saber cómo, lo superamos.

En El Arca, del 10 al 20% de las comunidades están en cri-
 sis al mismo tiempo.
 Yo lo sé, pero también sé que nunca son las mismas.
 Las que hoy están en un estado de tensión
 y de pobreza extremas,
 serán mañana comunidades llenas de vida.

Así que cuando se supera ese estadio,
 nos alegramos, damos gracias,
 y después, enseguida, olvidamos.
 También los israelitas olvidaron enseguida.
 Y cuando, en el desierto, se quedaron sin agua ni alimentos,
 y el camino les pareció imposible,
 olvidaron su certeza del pasado y se pusieron a murmurar
 contra Dios.

También en El Arca se da la murmuración contra Dios,
 porque El Arca también es imposible.
 Sin embargo, también sabemos que «nada es imposible
 para Dios».
 Estamos constantemente entre dos crisis, como si las crisis
 fueran necesarias
 para volvernos una y otra vez hacia Dios.

Dios nos lleva de nuevo a la exultación del principio, a la
 certeza de que está ahí y vela por nosotros.
 Para ello, nos dice: «Retiraré de su boca los nombres de los
 baales», es decir, el nombre de todos los ídolos,
 las cosas que adoramos en lugar de adorar a Dios,
 esas cosas humanas: el dinero, la eficacia, el saber, la repu-
 tación, la amistad o incluso la comunidad, a las que nos
 apegamos y se convierten en esenciales,
 esas cosas de las que decimos: «Sin ellas no puedo vivir».

Después, el profeta prosigue: «Sellaré un pacto en su favor
 aquel día con la bestia del campo,
 con el ave del cielo, con el reptil del suelo;
 arco, espada y guerra los quebraré lejos de esta tierra,
 y los haré reposar en seguro» (Os 2,20).
 Resulta extraordinario descubrir esta alianza entre Dios y
 nosotros,
 descubrir que Dios nos ama y nos protege como a hijos
 suyos,
 que nos hace la promesa de la paz.

Es verdad que, en el mundo, se está lejos de ella.
 Pero en nuestras comunidades,
 en nuestras familias,
 es posible obrar para que ya no haya guerra,
 ni rivalidad, ni competición,

para que el arco, la espada y la violencia sean desterrados para que cada cual, en su lugar, trabaje por el bien común y no haya ni rivalidades ni envidias.

Es muy hermoso que la familia o la comunidad se haga un solo cuerpo donde cada miembro sea respetado por lo que es, donde cada cual respete al otro como es.

«Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad; y tú conocerás a Yahvé» (Os 2,21).

Es el final de la promesa.

El texto comienza con la llamada «Voy a llevarla al desierto» y acaba con el desposorio con Dios, porque «conocer a Yahvé» no es tener un mero conocimiento teórico, sino tener la experiencia de su presencia, conocerle íntimamente, como el esposo conoce a la esposa y la esposa al esposo.

Conocer a Yahvé es estar en Él y Él en mí, de suerte que mi corazón lata al ritmo del suyo, que yo tenga sus mismos gustos, sus mismos deseos, sus mismas prioridades, sus mismos anhelos.

Es tener la experiencia de ser amado, pero también encontrar en mí esa nueva fuerza que me ha sido dada en el Espíritu Santo.

Recuerdo que cierto día recibí una carta de una joven que tenía la sensación de no haber sido amada nunca.

Me decía que, de niña, siempre tuvo la impresión de haber sido concebida por equivocación, de no haber sido nunca deseada.

Sus padres sólo hablaban de su hermano o de su hermana, pero nunca de ella, como si no existiera; tenía la sensación de haberles molestado siempre y de no ser bienvenida en ninguna parte; por eso sentía una herida permanente.

Me escribía: «Cuando iba al colegio, todo el mundo, menos yo, tenía amigos. Y me daba la impresión de que ningún hombre podría amarme».

Luego proseguía: «Un día, cuando iba por un bosque, me senté junto a un árbol, y de repente me embargó la certeza de ser amada por Dios».

Algo brotó en ella, descubrió que era importante, preciosa a los ojos de Dios.

Es una experiencia muy fuerte, y tanto más cuanto que se trataba de una persona que tenía la impresión de no haber sido amada nunca.

Era un conocimiento de Dios nuevo e inmediato, que, a la vez, lo cambiaba todo y no cambiaba nada. Es importante comprender que esta experiencia del amor de Dios, lo cambia todo y, a la vez, no cambia nada.

Somos fruto de nuestra historia, la suma de todo lo que hemos vivido desde nuestra concepción; cada acontecimiento, feliz o desdichado, se ha inscrito en nuestra carne,

y aunque nuestra memoria no lo recuerde, nuestro cuerpo sí se acuerda de todo.

Él lleva la huella de cada herida, de cada rechazo, de cada gesto o palabra que ha podido darnos la sensación de no ser amados y, por lo tanto, de ser culpa-

bles. Es extraño lo profundamente enterrado en nosotros que está ese sentimiento de culpabilidad.

La primera vez que un niño pequeño se siente rechazado, simplemente porque no se le escucha, porque su madre está cansada u ocupada con otro de sus hijos, el niño no comprende, se siente herido, y de la herida nace el sentimiento de que, si no es amado, es porque no es amable, y de que, si es rechazado, es porque es culpable, sin saber bien de qué.

Ese sentimiento de culpabilidad le corroe en su interior, mina su confianza, le hace dudar de sí mismo y de los demás, y condiciona muchos de sus actos sin que él se dé cuenta.

Somos modelados por todas las gracias recibidas, por todas las rechazadas, por todos los gestos de amor y por todos los gestos de odio o de indiferencia, por nuestros fracasos y nuestros éxitos; todo, literalmente todo, se inscribe en nuestra carne.

Así, la experiencia del amor de Dios que un día tenemos, como la tuvo esa joven, no cambia nuestra historia ni lo que nos ha modelado, pero nos cambia a nosotros, porque nos revela que Dios nos ama, tal como somos, no tal como habríamos querido ser, no tal como la sociedad o nuestros padres habrían deseado que fuéramos, sino tal como somos hoy, con nuestras debilidades, nuestras heridas, nuestros temores, nuestras cualidades y nuestros defectos. Tal como somos hoy, somos amados por Dios.

Y si tenemos la impresión de decepcionar constantemente a los demás, de ser incapaces de responder a sus expectativas, a su confianza, a las esperanzas que han depositado en nosotros; si tenemos la sensación de que hay un desfase entre lo que parecemos ser y lo que somos de verdad, entre lo que se nos considera capaces de hacer y lo que podemos hacer en realidad, entonces es preciso que sepamos que a Él, a nuestro Dios, no le decepcionaremos.

Él nos conoce con precisión.
Él conoce el extraño mundo de tinieblas y luces que nos habita, conoce mejor que nosotros esa mezcla misteriosa que somos, sabe de qué somos capaces.
A los demás podemos decepcionarlos porque de forjan sueños acerca de nosotros y nos proyectan en lo ideal; Dios no se siente nunca decepcionado porque ama a quien soy hoy;
Él no vive ni en el futuro ni en el pasado, sino en el presente.
Él «es» el presente y me ve en mi realidad presente.

Recuerdo haber hablado hace unos años a unas religiosas en Inglaterra, y una de ellas me interrumpía continuamente. No me molestaba demasiado, pero yo notaba que se ponía nerviosa y perturbaba al resto del grupo. Al final pidió verme a solas y me dijo: «¿Sabe?, tengo un carácter terrible». ¡Ya me había dado cuenta!

Añadió: «Ningún hombre me habría elegido».

También eso me pareció verosímil.

Después dijo también: «Pero Él me ha elegido. Dios me ha elegido como soy».

Detrás de aquel «carácter terrible» había una niña muy humilde, una niña amada por Dios.

El descubrimiento de que Dios nos ama hoy, de que no se siente decepcionado de nosotros y de que hoy nos dice: «Sígueme», constituye un gran misterio.

Nosotros siempre sentimos la tentación de decir: «No soy capaz, no soy digno, no soy bueno...».

Pero Dios nos responde: «Yo te amo como eres, y es a ti a quien llamo hoy,

a ti, con tus heridas, tus debilidades, tus infidelidades...

Y porque has sido infiel, porque me has olvidado, voy a seducirte de nuevo, a llevarte al desierto para que puedas comprender cuánto te amo;

y me conocerás, "conocerás a Yahvé"».

Tomémonos hoy tiempo para escuchar a Dios, sentémonos junto a un árbol donde, como la joven de la que hablé antes, podamos oírle decirnos: «Eres mi hijo amado».

Sí; somos preciosos para Dios.

Hacerse amigo del pobre

Conocer a Yahvé es conocer los secretos de Dios.

Conocer a Jesús es conocer los secretos de su corazón, es conocer la sed de Dios.

«Él tiene sed de que tengamos sed de Él...», dice un bellissimo comentario de san Gregorio sobre la palabra de Cristo en la cruz: «Tengo sed». Jesús necesita que tengamos sed de él para comunicarnos su Amor.

Jesús tiene sed de unidad, es el gran deseo de su corazón.

Querría que releyeseis hoy el final del capítulo 17 del Evangelio de san Juan.

Son las últimas palabras de Jesús sobre la comunidad, su testamento comunitario, en cierto modo.

En él nos revela la gran sed de su corazón.

«No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno:

yo en ellos y tú en mí,
para que sean perfectamente uno,
y el mundo conozca que tú me has enviado
y que los has amado a ellos
como me has amado a mí» (Jn 17,20-30).

Siempre me emociona ver cómo vincula Jesús la acogida
de la fe en el mundo a la unidad de los cristianos: «Que
sean uno para que el mundo crea».

Lo que obstaculiza la fe es la desunión.
La desunión entre las personas, entre los pueblos, entre las
Iglesias y entre los cristianos impide creer al mundo.

La desunión está en el corazón de nuestro mundo.
Si no tenemos cuidado, puede instalarse enseguida en una
comunidad.

Basta con dejar alzarse las barreras que nos aíslan de tal o
cual persona que nos parece insoportable, mientras que
otras nos atraen.

Si no pedimos al Espíritu Santo que nos ayude a bajar las
barreras, podemos dejarnos enseguida encerrar en una
lógica de miedo y exclusión y convertirnos en agentes
de desunión en el seno mismo de la comunidad.

Pues bien, Jesús tiene sed de unidad y nos llama a la uni-
dad.

En conjunto, las sociedades humanas se fundamentan en la
jerarquía y están construidas como pirámides:
en la cúspide, unos cuantos ricos y poderosos, poco nume-
rosos;
en la base, la multitud de los pequeños y los pobres;
entre los diferentes estratos, toda una serie de escalas más
o menos claramente identificadas y reconocidas,

y en lo más bajo, o incluso en el exterior de la pirámide,
los marginados, aquellos a quienes la sociedad rechaza.

En la India son los tribales, cincuenta millones de personas
que se encuentran en lo más bajo de la escala,
en los Estados Unidos, después de los portorriqueños, son
los «boat people»,
en Francia o en Irlanda, los nómadas, los gitanos, los inmi-
grantes.

En todos los lugares y sociedades hay una clase de gente
que los demás rechazan,
y aún más abajo,
en lo más bajo de la escala está la persona discapacitada,
de la que suele pensarse que no tiene valor humano,
a la que se está autorizado a matar antes de nacer o a la que
se encierra.

Casi todas las culturas rechazan a las personas que tienen
una discapacidad mental.

En África se califica a algunos de «niños-serpiente» y se
dice que hay que devolverlos a la serpiente; por esta
razón fue abandonada en la selva Innocente, de El Arca
de Bouaké, en Costa de Marfil.

En China se piensa que la discapacidad de las personas se
debe a un castigo divino y que ocuparse de ellas es ir
contra la voluntad del cielo.

En la antigüedad, en Esparta, Roma o Atenas se mataba a
los niños discapacitados;
hoy, se les sigue escondiendo
y muchos son suprimidos antes de su nacimiento.

En la actualidad no es mucho más claro ni más fácil.
¡Cuántas veces no habré oído yo que perdía el tiempo
con «gente así»...!

O bien se admira a El Arca sin comprender lo que es en realidad.

Me dicen: «Es muy hermoso lo que hacen ustedes» o como me dijo un día un obispo: «Está muy bien que vengan ustedes a mi diócesis: podrán retirar de la calle a todos los locos».

Esta actitud tan extendida no es, sin embargo, general.

Uno de mis amigos tiene un hijo con una discapacidad mental muy evidente.

Un día que estaban juntos en la estación, un mozo de equipaje argelino, un *kabila*, le preguntó: «¿Es tu hijo?».

«Sí», respondió mi amigo, y el mozo de equipaje añadió: «Tienes suerte. En mi pueblo, cuando una familia tiene un hijo como el tuyo, sabemos que la familia es bendecida por Alá».

Recuerdo haber tenido el año pasado la alegría de hablar a los padres de los niños que están en la escuela de El Arca de Ouagadougou, en África, y les dije: «Mucha gente dice que vuestros hijos están locos y, debido a ello, los desprecian o los temen. Pero ¿creéis que Dios dice: "Tu hijo está loco"»?

No. Dios dice: "Tu hijo es mi hijo amado".

Dios acoge a los que la sociedad rechaza, y los acoge como el tesoro de su corazón».

Entre el grupo estaba un anciano musulmán de hermoso rostro y luenga barba.

Yo había observado que jugaba dulcemente con su hijo, que tenía una discapacidad bastante grande.

Levantó la mano y dijo: «Le doy las gracias. Nadie nos había dicho nunca que nuestros hijos son amados por Dios».

Se notaba que se le había quitado un peso del corazón.

Entonces le dije: «Veo su rostro, y es un rostro sabio; noto que Dios está en usted. Muchos padres le necesitan; debe hablar con los padres de los niños discapacitados para que comprendan».

Porque la persona discapacitada crea un mundo paradójico a su alrededor.

No se comprende quién es,

no se sabe situarse con relación a ella, y su presencia fuerza a preguntarse por lo verdaderamente esencial.

En El Arca, lo que hemos descubierto viviendo con discapacitados mentales

es algo sumamente precioso,

un secreto que nos ha sido confiado:

la persona que tiene una discapacidad mental es signo y presencia de Jesús y nos llama a la unidad.

Ese es el gran secreto: el pobre es fuente de unidad.

Una de mis alegrías es ver El Arca y Fe y Luz desarrollarse poco a poco en países con gentes de otras confesiones y constatar que también allí el pobre puede ser fuente de unidad.

Jesús vino a cambiar nuestras sociedades jerarquizadas, fundadas en la dominación de los poderosos, los hábiles y los fuertes,

en un cuerpo

donde cada cual tiene su lugar,

donde cada cual es reconocido por lo que es,

donde cada cual es importante.

En la Primera Carta a los Corintios, Pablo habla de la Iglesia como un cuerpo

en el que cada parte es distinta,
y, sin embargo, todas son igualmente importantes,
no sólo porque cada una de ellas tiene una función que sólo
ella puede realizar,
sino también porque el sufrimiento de la más mínima parte
del cuerpo
hace sufrir a todo el cuerpo.

«No puede el ojo decir a la mano: “¡No te necesito!”. Ni la
cabeza a los pies: “¡No os necesito!”.

Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más
débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los
más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor.

Así, a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor
honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesi-
tan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los
miembros que carecían de él, para que no hubiera divi-
sión alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros
se preocuparan lo mismo los unos de los otros» (1 Co
12,21-25).

También en el cuerpo de la humanidad cada persona es dis-
tinta,
cada persona es importante y, sin embargo, hay partes del
cuerpo social que se ocultan.

¿Cuáles son esas partes del cuerpo social que se ocultan?
Me parece que san Pablo piensa en particular en las perso-
nas que tienen una discapacidad mental.

De ellas se avergüenza la sociedad
y de ellas dice el apóstol que son necesarias en la Iglesia y
que deben ser honradas.

Si estamos todos cerca de los más débiles,
la pirámide cambiará poco a poco en cuerpo
y, gracias a ellos, viviremos en unidad.

Descender para encontrar a Jesús

En su Carta a los Filipenses, san Pablo escribe:

«Si hay una exhortación en nombre de Cristo, un estímulo de
amor, una comunión en el Espíritu, una entrañable miseri-
cordia...».

Resulta evidente el cariño de Pablo por las gentes de Filipo.

Fue la primera ciudad de Europa que evangelizó,

y estaba muy unido a ellos,

en particular a Lidia, que fue la primera que le acogió,

y a los filipenses, que siempre le habían apoyado mucho.

Había una relación muy profunda entre san Pablo y los filipen-
ses, y se dirige a ellos suplicándoles que permanezcan uni-
dos:

«...colmad mi alegría, teniendo un mismo sentir, un mismo
amor, un mismo ánimo, y buscando todos lo mismo. Nada
hagáis por ambición ni por vanagloria, sino con humildad,
considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin
buscar el propio interés, sino el de los demás» (Flp 2,1-4).

Es verdaderamente el grito de un padre,
del padre de la comunidad, que sabe que ésta vive de la unidad
y muere si hay desunión.

Al corazón de Pablo, como al corazón de Jesús, le apasio-
na la unidad.

Luego continúa con esta frase asombrosa, que nos enseña cómo ser fuente de unidad:
 «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo». Es una frase muy importante, que nos hace tocar el corazón del Evangelio: para ser agente de unidad, es necesario tener los mismos sentimientos que Jesús.

Y, justo después, Pablo describe esos sentimientos:
 «El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana...».

Jesús no quiso conservar la gloria que poseía en tanto Dios; aceptó anonadarse, aceptó vaciarse, «despojarse» para hacerse ser humano, para que se le viera, se le oyera, se le tocara, como a un ser humano, semejante a nosotros, como un hermano en humanidad.

«Apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

Pablo nos describe el modo de ser de Dios. Y el modo de ser de Dios no consiste en proclamarse el más fuerte, el más grande o el más sabio ni en desear el poder o la gloria, sino en rebajarse,

hacerse más pequeño, convertirse en ser humano y bajar aún más, haciéndose esclavo y, más todavía, un esclavo rechazado.

Allí, en lo más bajo de la escala, se encontrará con los demás rechazados, los más pobres, los más pequeños, para crear con ellos una comunidad. Con ellos, y partiendo de ellos, recompone el cuerpo de la humanidad desgarrado por la ambición y el ansia de poder y éxito.

Sí, la visión de Dios consiste en descender, humillarse, bajar lo más posible, encontrarse con los más pobres, con los más pequeños y ascender con ellos para construir esa nueva humanidad que no deja a nadie atrás, ni olvida ni rechaza a nadie.

La visión de los hombres consiste siempre en querer ascender por la escala lo más alto posible, vencer en la carrera, obtener fuerza, poder, riqueza, dominar, conquistar gloria y renombre humanos.

El secreto de Jesús consiste en encontrar en la humildad y la pequeñez a los más pequeños, para crear con ellos comunidades de esperanza, comunidades del Reino.

Este misterio de Dios se manifestó de un modo muy particular cuando Jesús lavó los pies de los apóstoles (Jn 13).

En el lavatorio de los pies, el primer gesto de Jesús fue despojarse de sus ropas,
es decir, adoptar el atuendo de los esclavos,
y después lavarles los pies,
gesto de esclavo.

Ya sabéis cuál fue la reacción de Pedro;
se escandalizó,
era demasiado, no lo entendía.
Y gritó: «¡No me lavarás los pies jamás!».

Y ya sabéis cuál fue la respuesta de Jesús:
«Si no te lavo, no tienes parte conmigo».
Son palabras muy fuertes.
«Si no te lavo los pies, dejas de ser amigo mío,
no puedes sino marcharte,
no has entendido en absoluto lo que soy,
ya no hay nada entre nosotros, todo ha terminado».
Es extremadamente fuerte, y el momento es dramático.

Pedro estaba totalmente confuso; no entendía nada, pero sí
sabía que quería conservar la amistad de Jesús.
Entonces, dispuesto a todo, le dijo: «No sólo los pies, sino
hasta las manos y la cabeza».

Después, cuando Jesús hubo lavado los pies a los discípulos,
se vistió de nuevo y dijo:
«Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís
bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro,
os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros
los pies unos a otros...».

Así nos enseña el camino:
el camino de los discípulos,

el camino de la humildad,
el camino descendente de la pequeñez y el servicio,
el camino de la no-violencia.

Y en otro lugar nos dice: «Cuando alguien te invite, no te
pongas en el primer puesto...
vete a sentarte en el último» (Lc 14,8.10).
No busques la compañía de los poderosos,
sino baja por la escala
para encontrarte con los más pobres,
no fundamentalmente para hacer algo por ellos
ni por el orgullo de hacer algo bueno,
sino simplemente para encontrarte con ellos
y entrar en comunión
y trabar amistad con ellos.

Ése es el secreto: si te haces amigo del pobre,
serás bendecido por Dios.
Descubrirás algo enteramente nuevo,
descubrirás que el Evangelio es verdaderamente una buena
nueva,
una solución a las plagas de la humanidad,
una respuesta capaz de acabar con esa historia de guerra y
violencia entre los hombres,
esa lucha fratricida en la que Caín mata a Abel,
en la que cada cual se esfuerza por mantener a su hermano
en la parte de abajo de la escala para sentirse superior,
encastillado en el miedo a ser desalojado por alguien más
fuerte.

Por lo tanto, Jesús nos dice: «Deja de tener miedo;
deja de protegerte,
de defenderte,
justificarte

y encerrarte en el reducido círculo que quienes son como tú.

Acepta las diferencias:
debemos vivir cada uno en nuestro lugar, pero unidos.
Desciende por la escala para hacerte amigo del pobre y amigo de Dios».

En nuestra comunidad de Bouaké hay una niña pequeñita muy importante que me ha proporcionado mucha alegría.

Se llama Innocente.

Siendo bebé, fue abandonada en la selva, y pudo haber sido devorada por una fiera o mordida por una serpiente, pero alguien que pasó por allí la recogió y la llevó a un orfanato. Estaba moribunda, muy delgada y deshidratada.

Sin embargo, sobrevivió, y el orfanato nos la confió.

Es verdad que es pequeñísima;
no hablará nunca ni tampoco aprenderá a andar,
no se sabe lo que entiende ni lo que piensa,
pero cuando alguien se acerca a ella
y la llama por su nombre,
su rostro reluce como una estrella, su sonrisa la ilumina y sus ojos brillan,
es de una belleza excepcional.

Un día, al mirarla
me dije que era idéntica a Jesús.
Innocente ni juzga ni condena a nadie;
es demasiado pequeña para juzgar,
pero si la gente no se detiene a mirarla y tocarla,
se siente herida, como Jesús.
Jesús no juzga ni condena nunca,

pero se siente herido
si no nos acercamos a él.
Es el misterio de Dios.

Uno de los papeles que desempeño en la comunidad consiste en acompañar a los asistentes.

Con ellos aprendo mucho.

Cuando se pasa el día escuchando, se aprende mucho, incluso mucho más que en los libros.

Los libros pueden ser interesantes, pero lo que dice el libro de los corazones es aún más interesante, porque es el lugar donde habita Dios.

Es también el lugar de los combates, y se aprende mucho cuando se está cerca de ese lugar.

A los asistentes que acompaño suelo hacerles la siguiente pregunta: «¿Tú oras?».

Al decir esto, no quiero decir: «¿Recitas oraciones?»,

sino ¿pasas tiempo con Dios?;

¿te tomas tiempo de reposo con Dios?;

¿estás en comunión con Dios?;

¿vas de vez en cuando de la mano de Dios?;

¿eres feliz con Él?

Suelo escuchar como respuesta: «No tengo tiempo».

Es verdad que uno de los peligros de El Arca, como de otros lugares, es estar demasiado ocupado, ¡hay tanto que hacer...!

En mi hogar, donde las personas que tienen una discapacidad son ya bastante mayores, se ponen enfermas más a menudo, y los problemas médicos pueden ocupar todo nuestro tiempo.

Además, los que antes podían vestirse solos, ahora ya no pueden hacerlo,

los que se lavaban solos, tienen ahora más dificultades, y hay que ayudarlos.

Es verdad que cada vez estamos más ocupados.

Yo respondo: «Lo comprendo..., pero la semana pasada tuviste unos días de descanso, supongo que dedicaste mucho tiempo a orar».

Entonces suele notarse una especie de malestar y, si la persona es sincera, termina diciendo: «¡No!».

«Entonces el problema no es de tiempo, sino de otro tipo...

Es que no quieres orar. ¿Sabes por qué?
¿Sabes por qué no quieres orar?».

Y es muy frecuente que la respuesta sea: «Tengo miedo de acercarme a Dios; tengo miedo de que me pida algo que yo no quiera o no pueda hacer».

¡Como si Dios estuviera ahí constantemente para obligarnos a hacer cosas que no queremos...!

En nosotros, unida a nuestra culpabilidad fundamental, está siempre esa extraña idea de un Dios que castiga y condena,

que quiere quitarnos lo que amamos, las cosas que apreciamos, un Dios terrible que exige sacrificios.

Pero ¡ése no es Dios!

Dios es Aquel que ama, un Dios misericordioso que nunca se siente decepcionado

y que sabe bien de qué estamos hechos.

Sabe que en nosotros hay ese foco de culpabilidad, ese miedo permanente a no ser amados, esa vulnerabilidad fundamental,

y nos ama.

Únicamente quiere revelarnos que nos ama, como le dice a Pierre.

Pierre, que forma parte de una de nuestras comunidades, tiene el síndrome de Down.

Un día, uno de los asistentes le preguntó si le gustaba rezar, «Sí», dijo Pierre; el asistente añadió:

«¿Y qué haces cuando rezas?

Escucho —respondió Pierre.

¿Y qué te dice? —prosiguió el asistente.

Me dice: “Tú eres mi hijo amado”».

Esto es lo que descubrimos en la oración: que todos somos el hijo o la hija amado/a de Dios, que Dios quiere unirse a nosotros para revelarnos sus secretos.

El secreto de Innocente, el secreto de Luisito, nuestro propio secreto, es que Dios nos ama como a hijos suyos.

También nosotros estamos heridos, también nosotros tenemos discapacidades, menos visibles quizá que las de Innocente o Claudia, pero muy reales, y Dios está también vivo en nosotros.

Ésta es una de las cosas que he comprendido bañando a Éric. Éric era muy pobre: ciego, sordo, no podía ni hablar ni comer solo y cuando dejé de ser responsable de la comunidad de Trosly, me fui a vivir con él.

Me ocupaba de él, casi todos los días le bañaba, le daba de comer, le hacía compañía, y me proporcionaba mucha alegría.

Tocando su cuerpo, ese cuerpo tan pobre, tan pequeño, comprendí que era verdaderamente templo de Dios,

y eso es lo que dicen estas palabras de san Pablo: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?» (1 Co 6,19).

Es extraordinario comprender que nuestro cuerpo es el lugar en que reside Dios,
el lugar en que establece su morada.
Es verdad que, cuando comemos el cuerpo de Jesús, nos transformamos en tabernáculo;
también es así cuando le amamos y guardamos su palabra.
«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14,23).

Jesús nos lo revela, la Iglesia nos lo revela:
nuestro cuerpo, ese pequeño cuerpo de Éric, es templo de Dios.

Las cosas cambian mucho cuando descubro que Dios me ama, que mi cuerpo es templo de Dios, que soy un tabernáculo
y que Dios habita en mí.

Por eso hacemos este retiro, para conocer a Yahvé y sus secretos.

Por tanto, volvámonos a él,
tomemos conciencia de su presencia en nosotros,
entremos en un corazón a corazón con Él.

Lo importante en un retiro, ya os lo dije al comienzo, no son mis palabras,
sino las palabras del Espíritu que habita en nuestros corazones.

A él es a quien debemos escuchar.

Yo oro para que mis palabras no sean un obstáculo a sus palabras,

sino que simplemente os ayuden a entender mejor lo que os dice vuestro propio corazón.

Quizá lo único que Jesús quiera decirnos hoy sea que confiemos en nuestro corazón.

Por eso os animo a pasar algún tiempo en la capilla, en vuestra habitación o en el exterior,
simplemente escuchando a Dios.

Qué Él nos guíe,
que nos hagamos hombres y mujeres amantes.

TERCER DÍA
«SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...»

Tocar nuestras heridas

El misterio de un retiro es oír la llamada de Jesús y descubrir que nos ama,
pero también es tocar nuestros duelos,
nuestras heridas.

El gran peligro que todos corremos es vivir en la ilusión respecto de nosotros mismos.
Solemos ser bastante claros juzgando a los demás,
pero a nosotros nos cuesta mucho.
Nos creemos maravillosos o abominables, nos exaltamos o nos denigramos,
pero nos resulta muy difícil vernos tal como somos.

En nosotros suele haber cosas que no queremos ver, que rechazamos.
Un alcohólico, por ejemplo, rara vez reconoce serlo, y todos tenemos tendencia a negar algún aspecto de nosotros mismos.

Jesús quiere enseñarnos a conocernos tal como somos, con nuestra profunda vocación al amor, con todos nuestros dones, con toda la belleza que hay en nosotros, pero también con todo lo que hay herido, frágil, pobre.

Hoy querría hablaros de nuevo, pero con más detenimiento, del encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4).

Como sabéis, es un encuentro muy importante.

Ya os dije que la samaritana es, en mi opinión, la mujer más herida del Evangelio: forma parte de un pueblo despreciado, y dentro de ese pueblo rechazado, ella misma es marginada y despreciada.

Me he preguntado numerosas veces por qué iba a por agua a mediodía, cuando las mujeres van a por agua por la mañana temprano, antes de que el sol caliente en exceso, o por la noche.

Y como van todas a la misma hora, se encuentran alrededor del pozo, se reúnen y hablan de su marido, de sus hijos, de las cosas cotidianas.

Pero si hay una mujer de mala vida, puede crearse tensión; se apartan de ella o no saben qué decirle, o tal vez se ríen; ella, entonces, se siente incómoda, fuera de lugar, no forma parte de la pequeña comunidad de mujeres del pueblo; no comparte ni su modo de vida, ni sus preocupaciones, ni sus alegrías; escandaliza a todos.

Por eso creo que la samaritana prefería ir al pozo cuando no había nadie, a mediodía, cuando el sol está en el cenit. Pero quizá me equivoque por completo interpretando así el texto.

Cuando llegue al cielo y me la encuentre, es una de las preguntas que le haré, y no excluyo que me responda que, a pesar de haber hablado tanto de ella, no he entendido nada, y que si fue ese día más tarde al pozo, se debió únicamente a que también se levantó más tarde.

Lo que está claro es que su situación la excluye de los apacibles lugares de reunión de las demás mujeres, así como de los lugares de culto; es una mujer herida, rechazada por las gentes piadosas de su tierra y que se cree rechazada por Dios.

Puede que incluso fuera hija de una mujer de mala vida, tal vez no hubiera conocido sino la miseria; nada de amor, un hogar deshecho.

Quizá estuviera llena de ira y tristeza, encerrada en su culpabilidad y su rebeldía, encolerizada consigo misma, con sus hijos, con las gentes del pueblo, y tan triste...

Entonces, aquel día fue a por agua a mediodía para estar sola, y hete aquí que vio a un hombre sentado en el suelo y apoyado contra el pozo.

Es muy emocionante sentir a Jesús cansado.
 Jesús era profundamente humano, era un ser humano en todo, excepto en el pecado;
 hay que estar atento a esa humanidad de Jesús;
 cuando uno está cansado, puede sentirse cerca de él.

Así que allí estaba, sentado, cansado,
 y aquella mujer se aproximó con un cántaro en la cabeza o al hombro.

Jesús se volvió hacia ella

y le dijo: «Dame de beber», es decir, te necesito.

Es muy conmovedor.

Jesús no empezó diciéndole: «Eres una mujer de mala vida»,

sino que le dijo: «Te necesito, ¿quieres ayudarme?».

Jesús nos muestra cómo debemos acercarnos a los pobres, no desde lo alto de nuestro poder o de nuestra generosidad, sino desde el fondo de nuestra pobreza, de nuestro cansancio, de nuestra necesidad de ellos.

También es importante que aquel encuentro tuviera lugar junto a un pozo.

En la Sagrada Escritura hay cuatro encuentros junto a pozos que sellan cuatro alianzas.

La primera es el encuentro del siervo de Abraham con Rebeca. Junto a un pozo, en efecto, el siervo enviado por Abraham para buscar esposa a su hijo encontró a Rebeca, a quien también pidió: «Dame de beber» (Gn 24).

La segunda es el encuentro entre Jacob y Raquel (Gn 29); la tercera el de Moisés y su mujer, Seforá (Ex 2).

Y Jesús estableció también una alianza con aquella mujer, junto a un pozo,

y fue a ella, la más pequeña y despreciada, a quien reveló que es el Mesías.

No se lo dijo a nadie más...

Sabéis, en mi opinión aquella mujer fue real, quiero decir que existió real, históricamente, que Jesús le habló verdaderamente, y que nosotros también podremos hablar con ella cuando estemos en el cielo.

Desconfío de las interpretaciones de la Biblia demasiado alegóricas,

pueden ser interesantes, pero yo considero más importante partir de lo concreto, de los hechos, y a continuación ver qué nos dicen.

Por lo tanto, aquella mujer fue real, pero también es simbólica, como todos los personajes de la Biblia, porque también nos enseña algo a propósito de la humanidad y de nosotros mismos.

Esa mujer hace presente a la parte herida de la humanidad: los pobres, los excluidos, los marginados, los presos, los pecadores, las personas con una discapacidad...;

toda esa gente a la que no se quiere ver, se rechaza, se oculta, se encierra en cárceles y asilos o se aparta bien lejos, en los barrios de chabolas.

Aquella mujer de Samaría también está dentro de nosotros,

es esa parte herida que ocultamos, que ocultamos incluso ante nosotros mismos.

Simboliza el lugar de la culpabilidad en nosotros, de donde nacen tantas de nuestras actitudes, seamos o no conscientes de ello.

El sentimiento de culpabilidad puede empujarnos a ser héroes, a redimirnos mediante grandes impulsos de generosidad o valor, al igual que puede llevarnos a encerrarnos en las drogas, el alcohol o la ira...

Mientras no dejemos a Dios entrar ahí, nos arriesgaremos a ser guiados por ese sentimiento de culpabilidad sin ni siquiera ser conscientes de ello.

Recuerdo haber predicado un retiro sobre la samaritana al que asistía una mujer alcohólica.

Aquella mujer pasaba por períodos de abstinencia, y después caía de nuevo en el alcohol; lo dejaba una vez más, y una vez más volvía a beber.

En el curso de aquel retiro dijo a una persona:

«Ahora comprendo que en mí hay dos mujeres. Cuando no bebo, no quiero ver a la que bebe, a esa parte herida de mí,

como si estuviera demasiado sucia para que Dios pudiera amarla;

entonces la niego y no le hablo más que de la mujer luminosa.

Ahora comprendo que debo dejar que Dios se encuentre con la mujer herida,

que debo dejarle entrar en la suciedad que hay en mí».

Sin saberlo, con sus palabras desgarradas, decía algo que se encuentra en el prólogo del Evangelio de san Juan: que la Luz debe penetrar en las Tinieblas.

Si negamos las tinieblas,

porque nos consideramos puros, sin tenebrosidades, la luz no puede penetrar,

del mismo modo que si únicamente nos consideramos seres de tinieblas, indignos del encuentro con Dios,

nos encerramos en nuestras tinieblas,
nos cerramos a la luz,
le prohibimos penetrar en nosotros.
El misterio de la Encarnación
es Dios, que quiere entrar en todo nuestro ser.

Él conoce nuestras heridas,
él conocía las heridas de aquella mujer de Samaría,
sabía que estaba herida desde el inicio de su vida
y sabe que todos estamos heridos desde que somos muy pequeños.

Sabe que ese mundo de tinieblas, temores y culpabilidad que hay en nosotros surge muy pronto, antes incluso de que podamos tener conciencia de ello.

Dios quiere entrar en esa parte cerrada, oscura y dolorosa de nuestro ser para liberarnos.

La samaritana está en mí;
es toda esa parte de mí en la que me siento culpable de no saber amar.

El marido no sabe amar a su mujer,
la mujer no sabe amar a su marido,
los padres no saben amar a sus hijos ni los hijos a sus padres.

Todo estamos encerrados en la misma historia,
la misma imposibilidad,
la misma incapacidad.

Pues bien, Jesús se dirige a aquella mujer herida,
es a ella, en mí, a quien Jesús, sentado más abajo que yo,
obligado a alzar los ojos hacia mí,
dice: «Te necesito: dame de beber».

Y nuestra reacción es la misma que la de la samaritana:
«¿Cómo tú, un judío, hablas conmigo, una samaritana?».

«¿Cómo tú, Jesús, hablas conmigo,
que soy tan pobre, tan sucio, tan culpable?
Soy demasiado insignificante y pequeño y estoy demasia-
do herido para que puedas pedirme nada».
Es una reacción muy espontánea, muy natural,
la misma que tuvo Pedro cuando Jesús quiso lavarle los
pies:
¡no es posible que quieras estar por debajo de mí!

Jesús miró a la mujer y le dijo: «Dame de beber».
Cuando ella respondió, él la miró de nuevo y le dijo:
«Si conocieras el don de Dios...».

Si nosotros conociéramos el don de Dios...

Para poder oír a Jesús pedimos de beber,
para dejar de huir
y conseguir acoger en la luz
nuestro don específico
y nuestras heridas,
necesitamos tiempo y silencio.

Encontrar la fuente de agua viva

Yo creo que el encuentro de Jesús con la samaritana es
un anuncio de la alianza,
un momento de comunión, ternura y verdad.

Jesús iba a revelar a aquella mujer que el verdadero pozo
para apagar la sed no era el pozo de Jacob,
sino su propio corazón.

Jesús le dijo:
«Si conocieras el don de Dios,
y quién es el que te dice:
Dame de beber,
tú le habrías pedido a él,
y él te habría dado agua viva».

La mujer se sorprendió mucho,
no comprendía bien:
«Señor –le dijo la mujer–, no tienes con qué sacarla, y el
pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes ese agua
viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob,
que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y
sus ganados?».

Jesús le respondió: «Todo el que beba de esta agua,
volverá a tener sed;

pero el que beba del agua que yo le dé,
no tendrá sed jamás».

Y añadió esta asombrosa frase, puede que la frase más sorprendente del Evangelio:

«El agua que yo le dé
se convertirá en él en fuente de agua
que brota para vida eterna».

La promesa hecha a aquella mujer herida, rechazada,
tan pobre y que se sentía tan culpable,
es extraordinaria.

Jesús le dijo: Si bebes del agua que yo te dé,
se convertirá en ti en una fuente que brota,
darás de beber a los demás, a muchos más,
les darás vida, la vida misma de Dios
—porque eso simboliza el agua—,
y serás fecunda.

Jesús desea que seamos hombres y mujeres fecundos,
dispuestos a transmitir vida.

La transmisión de vida es uno de los grandes misterios del
universo,

¡es extraordinario!

Las arañas engendran arañas que engendran arañas desde
hace siglos y siglos,

y las jirafas engendran jirafas,

y las papayas producen papayas... Es un flujo ininterrumpido,

cada ser transmitiendo a otro la vida que ha recibido.

Es extraordinario, y en el caso del hombre y la mujer
es aún más asombroso,

porque ellos tienen varias maneras de ser fecundos.

Ante todo, naturalmente, concibiendo un hijo y dándole
nacimiento,
pero eso no basta.

Para que el niño pueda vivir,
para que pueda desarrollarse,
para que se convierta en un ser vivo portador de vida,
necesita mucho amor, seguridad y ternura.
Necesita comunión con su madre,
con su padre,
con los que le rodean.

El ser humano está hecho para la relación basada en el amor,
para la alianza;
ella es lo que le da vida y le hace vivir.

Que una madre araña no ame a sus arañitas,
no es grave ¡Es normal!

Pero que unos padres no establezcan una relación de amor
con su hijo,

que no le rodeen de su ternura,
su comprensión, su dulzura y su fuerza,
sí es grave.

Esta primera alianza es esencial,
porque condiciona la posterior vida relacional del niño.

Éste es el misterio del ser humano:
estar hecho para el amor y la comunión,
y, mediante el amor, hacerse fecundo,
es decir, dar vida a otro.

Cuando yo tenía trece años, viví una experiencia muy fuerte
que fue como un nuevo nacimiento,
el tercero.

El primero fue cuando nací,
el segundo, mi bautismo,
y el tercero, cuando quise entrar en la marina de guerra británica.

Estábamos en guerra, vivíamos en Canadá y tenía, por lo tanto, que cruzar el Atlántico en un momento en que los marinos alemanes hundían uno de cada tres barcos.

Fui a ver a mi padre y le dije lo que quería hacer.

Me preguntó el porqué.

No sé qué le contesté, pero no he olvidado lo que él me dijo:
«Confío en ti. Si eso es lo que quieres hacer, debes hacerlo».

Aquel día me hizo nacer de nuevo.

Si él confiaba en mí, entonces también yo podía confiar en mí mismo.

Si él me hubiera dicho que esperase a ser más mayor, yo habría esperado,

pero habría comprendido implícitamente que mi intuición no era buena,

que no podía confiar en mí mismo.

Pero dijo: «Confío en ti», y aquello me ayudó a confiar en mí y me enseñó a confiar en los demás.

Cuando se ama a alguien, se le da nacimiento,
se le da confianza en sí mismo,
se le muestra lo hermoso que es,
se le revela la fuerza amorosa que hay en él
y su capacidad de dar vida.

Al decir a la mujer de Samaría que en ella el agua que él le daría se convertiría en «fuente que brota para vida eterna», Jesús le reveló que en ella había un pozo,
una fuente,
una fuente divina.

Nosotros no sabemos que hay una fuente en nuestra persona.

Sabemos que tenemos inteligencia,
sabemos que podemos producir cosas,
sabemos que experimentamos emociones, deseos, pulsiones,
pero ignoramos que en nosotros hay
un pozo de ternura,
una fuente que puede dar vida,
una fuente que puede dar el amor mismo de Dios.

Solemos incluso tener miedo de la ternura cuando la sentimos aflorar en nosotros,
nos parece que está ligada a la emotividad, la sexualidad y la debilidad,
nos llena de confusión, porque no sabemos qué hacer con ella.

Sin embargo, la ternura, misteriosamente, es presencia de Dios.

Lo sentimos profundamente
cuando podemos vivirla con personas que tienen una discapacidad mental.

Jesús reveló a la samaritana el misterio que había en ella:
que era capaz de amar,
que podía convertirse en pozo, en fuente de vida eterna,
si bebía de la fuente que es Jesús.

Ése es el gran secreto revelado a cada uno de nosotros:
que si bebemos de la fuente que es Jesús,
podremos convertirnos en una fuente de ternura que dé vida al mundo
y colmar ese deseo que Jesús tiene de que seamos fecundos y demos mucho fruto.

Acoger al pobre oculto en nosotros

La samaritana estaba muy confusa, no entendía bien lo que Jesús le había dicho; por lo tanto, le pidió:
«Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla».

Entonces Jesús interrumpió, aparentemente, aquella conversación que se desarrollaba en dos planos distintos, diciéndole:
«Vete, llama a tu marido y vuelve acá».

Jesús es sorprendente,
no juzgó a la mujer,
no la condenó,
llevó su atención a su herida, su fragilidad, su debilidad;
le reveló su desdicha, que ella ocultaba,
que puede que incluso se ocultase a sí misma.

La mujer entonces respondió: «No tengo marido».
Jesús continuó: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad».

Esta breve frase: «En eso has dicho la verdad»
es muy importante.

Jesús quería que aquella mujer descubriese la verdad de su ser, que no viviera en la ilusión, que descubriera, sencillamente, quién era y que supiera también que Jesús no la juzgaba ni la condenaba. Sólo cumpliendo esa condición podría convertirse en fuente de la que brotase vida.

Una única cosa es importante:
ser auténticos,
huir de las mentiras, las ilusiones, las falsas apariencias e incluso de los sueños y las teorías que nos encierran en un mundo ilusorio en el que estamos lejos de nuestra realidad profunda.

En la medida en que aceptemos nuestras heridas, entraremos en el camino de la unidad;
en la medida en que nos neguemos a ver nuestra verdad, mantendremos una ruptura en nuestro propio interior.

Desde el momento en que aceptemos esa parte de nosotros mismos que nos negamos a ver, que nos negamos a reconocer, que nos negamos a admitir, la unidad comenzará a restablecerse en el interior de nuestro ser, y es de la unidad de donde brota la fecundidad.

En un retiro, Jesús nos pide que toquemos nuestras heridas, que nos familiaricemos con nuestras debilidades, que entremos en la parte oculta de nuestro ser, en nuestra propia pobreza, de la que nos protegemos elevando en torno a ella altas murallas de saber, eficacia, generosidad..., o de ira, tristeza, depresión...

Cuando en 1980 dejé la dirección de la comunidad de Trosly, viví un año como asistente en la Forestière, un centro que acoge a personas muy pobres. Allí estaba Éric, del que ya os he hablado, y también Lucien.

Lucien nació con una gran discapacidad: prácticamente nunca mira a los ojos, no habla, no anda y no puede usar las manos; se queda sentado donde se le pone, un poco acurrucado.

Lucien vivió los treinta primeros años de su vida con su madre —su padre murió cuando él tenía doce años—; su madre y él estaban muy unidos, su madre se ocupaba de él, le comprendía, sabía interpretar cada uno de sus movimientos, de sus gritos, de sus expresiones. Él se sentía seguro con ella y vivía en paz.

Pero un día su madre se puso enferma y tuvo que ser hospitalizada. Lucien, por su parte, ingresó en otro hospital. Bruscamente se encontró inmerso en un mundo totalmente desconocido, en el que carecía de puntos de referencia y en el que nadie podía comprenderle verdaderamente. Preso de una angustia espantosa, viviendo una suerte de muerte interior, empezó a gritar el día entero.

Finalmente, llegó a nuestra comunidad. A menudo era presa de una angustia irreprimible que le hacía aullar y contra la cual no se podía hacer nada.

Éramos incapaces de calmarlo,
ni siquiera podíamos tocarlo, porque ello redoblaba su
angustia y su miedo;
no se podía sino esperar.

El grito de angustia de Lucien era sumamente agudo, y yo
tenía la impresión de que penetraba profundamente en
mí,
en zonas secretas de mi ser,
despertando mi propia angustia.
Yo sentía nacer en mí la ira, y a continuación el odio y la
violencia.

Habría sido capaz de cualquier cosa para hacerle callar.
Era como si toda una parte de mi ser que había aprendido
a controlar estallase bruscamente en mí.
Era muy difícil vivirlo,
no sólo la angustia de Lucien,
sino la revelación de lo que sucedía en mí,
el descubrimiento de que yo, que tenía la vocación de vivir
con los débiles, era capaz de hacerle daño,
que había en mí potencialidades de violencia y odio
que su grito podía despertar.

Entonces comprendí lo que podía ocurrir en el corazón de
una madre que maltrata a sus hijos.
Suele tratarse de una mujer sola, abandonada,
está triste, angustiada, depresiva;
apenas puede hacer frente a los problemas del trabajo,
a las cargas materiales.
Le cuesta sostenerse a sí misma.

Y cuando vuelve por la noche, tiene la fuerza justa para
darles de cenar o ponerlos ante el televisor;
pero no es lo que esperan de ella.

Sus hijos necesitan amor, atención, diálogo;
entonces gritan.
Y la madre está «agotada», su pozo está vacío,
no puede dar nada más, no soporta ese grito que la arranca
de sí misma.
El grito con el que sus hijos piden ser amados despierta el
suyo,
y le duele;
brotó la ira, y golpea para liberar la tensión que hay en ella
y hacerles callar.

Es horrible descubrir en uno mismo esa capacidad de odio
y violencia y ver lo frágiles que somos.
Es necesario bastante poco para que el odio y la violencia
nos dominen; aunque no sea más que en el plano psi-
cológico, no deja de ser menos real.
Y qué difícil es mirar el problema de frente...
La tentación de huir de los que nos revelan la profundidad
de nuestra herida es grande;
ésa es la fuente de todos los racismos, rechazos y exclusiones.
Pero precisamente es muy importante no huir,
tener alguien con quien hablar de esos demonios interiores,
alguien que nos ayude con la palabra a explorar ese mundo
de tinieblas y a exorcizar todos esos fantasmas que nos
atormentan desde nuestro interior.

Fue una carta del psicoanalista Carl Jung, discípulo de
Freud, lo que me ayudó en aquella época a comprender
algo importante.
Jung escribía a una de sus corresponsales cristianas estas
palabras que cito de memoria:

«Admiro a los cristianos porque en quien tiene hambre o
sed veis a Jesús. Cuando acogéis a un extraño a alguien

diferente, acogéis a Jesús. Cuando vestís a alguien que está desnudo, vestís a Jesús. Lo considero muy hermoso, pero lo que no comprendo es cómo nunca veis a Jesús en vuestra propia pobreza. Queréis hacer siempre el bien al pobre que está en el exterior y, al mismo tiempo, negáis al pobre que está en vuestro interior. ¿Por qué no podéis ver a Jesús en vuestra propia pobreza, en vuestra hambre y vuestra sed?; ¿no veis que también hay un enfermo en vuestro interior, que también vosotros estáis encerrados en una cárcel de miedos, que en vosotros hay cosas extrañas: violencia, angustia, cosas que no controláis y que son ajenas a vuestra voluntad? En vuestro interior hay un extraño, y hay que acoger a ese extraño, no rechazarlo, no negar su existencia, sino saber que está ahí, y acoger y ver a Jesús en él».

Este texto me ha ayudado mucho.

Es verdad: sólo puedo recibir a Jesús en mí si recibo al pobre que hay en mi interior.

Y, a partir de esto, pude descubrir una verdad muy sencilla:

sólo puedo acoger verdaderamente las heridas de
Innocente, Éric y Luisito,

si acojo mis propias heridas.

¿Puedo sentir verdadera compasión por ellos

si no siento compasión por mí mismo?

Si niego mis propias heridas, negaré las heridas de los demás y los apartaré de mi camino para que no me obliguen a pensar en ellas.

Por lo tanto, el misterio del pobre es que revela a la vez
el pozo de ternura

y todo lo endurecido de nuestro corazón, todas nuestras
heridas.

Y el gran secreto que Jesús nos revela es que está presente
en nuestras heridas,
en el pobre que hay en cada uno de nosotros y que hay que
acoger
como queremos acoger a Innocente, Luisito, Claudia...

Y éste es el significado profundo del encuentro de Jesús
con la samaritana: «En eso has dicho la verdad».
Para ser hombres y mujeres fecundos,
tenemos que vivir en la verdad,
tenemos que encontrar la unidad en nuestro interior.
No debemos negar nuestras heridas, sino acogerlas
y descubrir que Dios está presente en ellas.

CUARTO DÍA

«AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS
COMO YO OS HE AMADO»

Aprender a vivir juntos

Todo empieza un día por la llamada de Jesús:

«Ven, sígueme», nos dice, o bien:

«Conviene que hoy me quede yo en tu casa».

Todo empieza por ese encuentro corazón a corazón con Jesús y por esa llamada personal.

Y después, en una segunda etapa, Jesús nos hace conocer a otras personas a las que también ha llamado; son todas distintas y todas han sido llamadas: es la creación de la comunidad.

Me gusta mucho encontrar en el Evangelio todas esas escenas familiares que nos muestran que todos reaccionamos de la misma manera.

Por ejemplo, en cuanto Jesús se dio la media vuelta, sus discípulos empezaron a compararse unos con otros, a rivalizar para ver quién era el principal, el mejor, el más capaz, y las madres intervinieron como sólo ellas saben hacerlo.

Fijémonos en la señora Zebedeo, que pidió directamente a Jesús los primeros lugares en el Reino para sus hijos...

Podéis imaginar la cara que pondrían Pedro, Mateo y todos los demás.

Se quedarían atónitos y se disgustarían.

El Evangelio es tan humano... Jesús sabe que la rivalidad tiene raíces muy profundas en el corazón del hombre.

Deseamos hasta tal punto ser amados o, en su defecto, ser admirados...

Tenemos tanto miedo de no contar para los demás que luchamos para afirmarnos, para probar que somos los mejores o para tomar el poder.

Vivir en comunidad o en familia no es fácil.

A veces es incluso muy difícil.

En cuanto unos seres humanos se reúnen se ponen a luchar para tener el sitio mejor o para alcanzar el poder; no siempre para ejercerlo realmente, sino a menudo simplemente para estar en primer plano, para mostrar que saben más que los demás y que son los más fuertes.

Jesús nos llama a vivir en comunidad para que tengamos también la experiencia del conflicto, para que descubramos también que hay personas a las que queremos y otras a las que no soportamos, para que tomemos conciencia de lo que ello provoca en nosotros.

Cada cual, en efecto, reacciona de forma diferente: unos se encierran en la depresión, otros huyen buscando compensaciones o les corroe la envidia o les desequilibran el odio o la ira...

Es importante que tengamos esta experiencia, porque así comprenderemos un poco mejor lo que Jesús pide a sus apóstoles cuando dice: «Amad los unos a los otros».

Y nosotros exclamamos: «¡No; yo no puedo amar a tal o cual persona!».

Y Jesús dice: «Pero a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que

os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen» (Lc 6,27-29).

Y añade que es fácil amar a los que nos aman.

Es verdad, a todos nos ablandan los cumplidos, la buena opinión de los demás e incluso los halagos.

Pero Jesús nos dice: «Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio».

Y el enemigo no está lejos, no es un extraño armado, sino a menudo alguien cercano a mí:

esa persona que no soporto en mi comunidad, en mi familia, en el trabajo...,

esa persona que me pone en peligro porque es demasiado diferente y me impide ser yo mismo,

esa persona que amenaza mi libertad, mi creatividad, mi alegría de vivir con su sola presencia,

esa persona que suscita mi ira, mi depresión o mi agresividad.

Una de las cosas importantes durante un retiro es descubrir quién es nuestro enemigo.

Es muy importante preguntarse de verdad, delante de Dios, quién me bloquea, me amenaza, me angustia o me hace refugiarme en la tristeza o la agresividad.

Es normal tener enemigos,

es decir, personas que tienen incidencia en nuestra vulnerabilidad, que despiertan nuestros mecanismos de defensa,

es algo que forma parte de nuestra humanidad.

Y, sin embargo, Jesús nos dice: «Amad a vuestros enemigos».

En cierta ocasión, una mujer me dijo: «He descubierto que mi enemigo es mi marido.

Le gusta que yo lleve la casa o cocine, pero nunca me escucha, jamás me pide opinión ni hace caso alguno de lo que digo; es como si, para él, yo no existiese.

Entonces siento nacer en mi persona todas las variedades de la ira

y no sé qué hacer con ese mundo de odio que hay en mí».

Y un hombre me decía: «He descubierto que mi hijo mayor es mi enemigo.

En cuanto abre la boca, me exaspera, le contradigo y deseo mandarle callar. Si mi otro hijo o mi hija me dicen lo mismo, los escucho, pero de él no acepto nada, y suscita en mí toda una serie de reacciones negativas que no comprendo».

Unos días después, volvió a hablar conmigo:

«Empiezo a comprender mejor lo que sucede —me dijo—.

Comienzo a entender por qué le rechazo constantemente: tengo la impresión de encontrar en él todos mis defectos, y son mis defectos lo que rechazo al rechazarle a él o al no querer escucharle».

Descubrir quién es nuestro enemigo es muy importante durante un retiro.

Por lo tanto, voy a pedirlos que os interroguéis en silencio y busquéis quién suscita el miedo en vosotros, a quién os esforzáis por evitar, con quién os negáis a dialogar, a quién no queréis escuchar...

Después, llevad a esa persona a vuestra consciencia, y escuchad a Jesús deciros: «Ámala».

Así tomaréis también consciencia de vuestras resistencias: «No; no es posible; no lo consigo. Me ha hecho dema-

siado daño, suscita en mí demasiada angustia, me destruye... ¡No puedo amarla!».

Y puede surgir en vosotros la ira contra lo que os parece una exigencia excesiva:

«Lo que me pides es demasiado difícil.

¡No puedo amarla! Sencillamente, es imposible».

Escuchad a Jesús deciros: «Es verdad; no puedes. Pero confía en mí; para Dios no hay nada imposible».

Porque este mandamiento es, ante todo, una promesa: «Conmigo podrás amar incluso a tus enemigos».

Somos verdaderamente cristianos cuando descubrimos que Dios es el dueño de lo imposible, y que nosotros necesitamos del Espíritu Santo para hacer aquello que no podemos hacer por nosotros mismos.

Cuando el joven rico se alejó triste porque tenía muchos bienes y no se atrevía a renunciar a ellos para seguir a Jesús, éste también se quedó triste y dolorido y dijo: «¡Qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios».

Entonces Pedro y los apóstoles se inquietaron, porque tenían consciencia de ser también ricos, y le preguntaron: «¿Quién se podrá salvar?».

Jesús respondió: «Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios» (Mc 10,24-27).

En tanto no descubramos que lo que es imposible para los hombres

es posible para Dios,

no seremos verdaderamente discípulos de Jesús.

La vida del discípulo consiste en llegar hasta el final, hasta que resulte imposible y descubrir entonces que Dios puede hacer posible lo imposible.

En tanto creamos que podemos vivir la alianza que hemos establecido en nuestra comunidad o en nuestra familia únicamente con nuestras fuerzas, no estaremos aún verdaderamente en la alianza.

En tanto creamos que la alianza depende sólo de nuestra decisión:

«Me siento bien en la comunidad, las personas me reconfortan, quiero entregarme y servir...», no habremos descubierto realmente lo que es.

La alianza es un don de Dios.

Él es quien me da la fuerza para vivirla día a día, y yo reconozco que solo no lo conseguiré.

La alianza se revela cuando empiezo a decirme: «No puedo; jamás podré pasar la vida con esta gente; pero lo que yo no puedo, sé que Dios sí puede hacerlo».

Debo comenzar por reconocer mi pobreza frente al pobre, para descubrir que el cambio viene de Dios.

Debo constatar que soy incapaz de vivir en paz con los demás,

para descubrir que el corazón del Evangelio es el perdón y que la respuesta de Dios al conflicto, la guerra y la desunión entre los hombres es la reconciliación.

Sí; la reconciliación es un don de Dios que nos arranca de la culpabilidad, la opresión, la competitividad y el odio.

Os he hablado bastante de la culpabilidad que hay en nosotros y que nos paraliza, nos hace dudar de nosotros mismos, nos deprime o nos vuelve agresivos, y nos va encerrando poco a poco en una sensación de hastío y muerte.

Jesús, mediante el perdón, vino a liberarnos de la culpabilidad y a hacer de nosotros hombres y mujeres libres y vivos.

Lo opuesto al perdón es la separación:

hago cuanto puedo para evitar a esa persona, para no encontrármela, y estaría incluso bastante contento si decidiera marcharse o si se cayera en un hoyo y desapareciera.

Podría incluso alegrarme si le ocurriera una desgracia o si resultara meridianamente claro que es culpable y todo el mundo la rechazara.

El perdón es ante todo el reconocimiento de la alianza, no una exhibición de buenos sentimientos ni una exaltación pasajera capaz de llevarnos de repente a la efusividad con una persona que rehuíamos hasta ese momento, sino el reconocimiento en la profundidad de nuestro ser de que hay una alianza entre nosotros, y que esa persona que puede resultarme antipática o que no me atrae en absoluto tiene derecho a tener un sitio en mi comunidad, en mi familia, en la sociedad o en la Iglesia, que tiene derecho a vivir y crecer, y que Jesús es quien la ha llamado a ese sitio, y yo debo respetarlo.

El perdón empieza por el respeto por el lugar del otro. A continuación hay que reconocer que perdonar requiere tiempo.

Recuerdo a un joven asistente que, después de un retiro, me dijo:

«He pensado mucho en la alianza con mi padre, que me hizo mucho daño cuando yo era pequeño. Era muy autoritario, nunca me escuchaba y se dedicaba a rebajarme a mis propios ojos.

Me marché de casa porque no lo soportaba.

Y empiezo a descubrir que no sólo tengo una alianza con los miembros de mi comunidad, sino también con él; empiezo a perdonarle».

Entonces le dije: «¿Quizá puedas ir a visitarle?».

Y él me respondió:

«No; no estoy preparado. Todavía soy demasiado vulnerable.

Él es muy fuerte, y yo sigo siendo demasiado frágil; si voy a verle ahora, me aplastará. Necesito tiempo para fortalecerme, para enderezarme».

Esto me gustó mucho.

Somos como árboles torcidos y necesitamos enderezarnos y reaprender a crecer erguidos, y ello puede llevar tiempo. Aquel joven había perdonado y acogido a su padre de verdad,

pero sabía que, para encontrarse con su padre, debía esperar a que el Espíritu Santo le fortaleciera.

Recuerdo también a una religiosa que me habló de una mujer que había sufrido mucho y estaba en la cárcel.

No conozco exactamente los detalles de su historia, pero sé que fue condenada por el testimonio falso de un hombre.

Aquella mujer decía: «No puedo perdonar. Me ha hecho demasiado daño».

Pero añadía: «Ruego a Jesús que Él le perdone».

Aquella mujer había verdaderamente perdonado, pero sus sentimientos aún no habían tenido tiempo de cambiar. Su ser profundo había perdonado, pero aquel perdón tenía que penetrar en su sensibilidad. El hecho de que dijera: «Ruego a Jesús que le perdone» mostraba que el perdón estaba en el fondo de su corazón.

El perdón es divino; es el secreto más profundo de Jesús, es el corazón del Evangelio, es el don que Jesús quiere concedernos para que seamos instrumentos de unidad, artífices de paz. Una comunidad, una familia, no puede existir si no se fundamenta en el perdón. Y el perdón empieza por el reconocimiento de que cada persona tiene un lugar y un don que hacer realidad.

Para vivir la alianza, para asumir nuestro papel tanto en la comunidad de El Arca, como en nuestra familia o en la sociedad, debemos ser hombres y mujeres de perdón.

No abandonar jamás a Jesús

Jesús habla de perdón. Sana y libera a los pequeños, endereza a los encorvados por el yugo de la ley; y, al hacerlo, exacerba la ira y la envidia de muchos escribas y fariseos, que, en consecuencia, intentan hacerle caer en una trampa (Jn 8,2-11).

Le llevan, pues, a una mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio: no es que la mujer les interese, la utilizan simplemente para poner a Jesús en un aprieto.

Si Jesús habla de perdón para la mujer, contradice la ley de Moisés, que prescribe «lapidar a esas mujeres»; y si la condena conforme a la ley, es él quien se contradice por haber hablado tanto de perdón.

En principio, Jesús no dice nada, se inclina y se pone a escribir en la tierra. No se sabe lo que escribe ni por qué escribe, pero ahí está, silencioso, escribiendo.

Entonces los fariseos y los escribas insisten: «¿Tú qué dices?».

Se percibe toda la ira, la agresividad y la violencia que hay en ellos.

Jesús se yergue, los mira y dice:

«Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra». E inclinándose de nuevo, se vuelve a poner a escribir en la tierra.

El Evangelio dice que se marcharon uno tras otro, empezando por los más ancianos, porque era el más anciano quien debía arrojar la primera piedra.

Se marchan todos, y Jesús se queda solo con la mujer... Hay que imaginar el tremendo pánico que aquella mujer debió de haber sentido:

la vergüenza, el miedo, la angustia, la culpabilidad y, sobre todo, el inmenso terror a ser lapidada.

Es, sin duda, la primera vez que ve a aquel hombre de Nazaret ante quien la han arrastrado, quizá medio desnuda, como ante un juez.

Y él, en un instante, la libera.

Jesús se yergue de nuevo.

Cabe imaginar el silencio en torno a ellos y un cambio radical en la entonación de su voz cuando le dice:

«Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?».

«¿Dónde están?», como si ella lo supiera y él no... Es extraño: súbitamente se percibe cierta fragilidad en Jesús.

«Nadie, Señor», responde la mujer.

«Tampoco yo te condeno –le dice Jesús–. Vete, y en adelante no peques más».

Es muy sencillo: Jesús no vino a condenar a aquella mujer.

Jesús no vino a condenarnos: vino a darnos la vida.

Esto es algo que nos cuesta comprender.

Este texto tan claro, sin embargo, hizo que la Iglesia se hiciera muchas preguntas en el siglo IV.

Algunas versiones de la Biblia no lo conservaron, como si fuera imposible que Jesús no condenara el adulterio.

Yo creo que seguimos haciéndonos preguntas.

Jesús siempre nos asombra, y no comprendemos bien quién es.

¿Qué quiere decir Jesús cuando nos dice que no pequemos más?

Porque aquí el adulterio, como en los textos de Ezequiel o de otros profetas, es un símbolo del pecado.

El pecado, en la Sagrada Escritura, es dejar al Esposo Divino,

alejarse de quien nos ama, nos protege y sacia nuestra sed, para ir a beber de otras fuentes y buscar en otro lugar la vida que él nos daba.

Es de suma importancia comprender bien lo que es el pecado. El pecado no es fundamentalmente transgredir la ley. Es esto también, pero no es lo principal.

Toda la Sagrada Escritura, y en particular los evangelios y las epístolas de san Pablo, lo dicen muy claramente.

Pecar es volver la espalda a Jesús, dejar de confiar en él, no creer ni en sus promesas ni en su palabra, dudar de su alianza y no dejarse ya alimentar por su presencia.

Pecar es separarse de su vida, dejar de vivir en comunión con Él, rehusar su cuerpo y su sangre, rechazar su palabra.

Es evidente que entonces se transgrede la ley,
se transgreden todas las leyes.

Para vivir el Evangelio,
para amar a los enemigos,
para estar cerca de los pobres,
para ser fiel en el sacramento del matrimonio,
para vivir amando,
hay que estar vivo,
y sólo se puede estarlo si se está en comunión con aquel
que es la Vida misma.

Entonces, cuando Jesús dice a aquella mujer: «Vete..., y no
peques más», le dice de hecho: «Vete y no me abandones.
Permanece en mi amor.

Acepta vivir.

Nútrete de mi presencia, nútrete de mi amor, de mi cuerpo
y de mi sangre. Elige lo que es bueno para ti y te hace
vivir».

Es verdad, hay que estar atento: hay alimentos envenenados,
amigos falsos, películas malas, libros perjudiciales,
modos de vivir
que poco a poco, si no estamos alerta,
pueden apartarnos de Jesús
y destruirnos.

Debemos estar prevenidos, porque, es verdad,
si no somos seres vivos, seres en pie,
transgrediremos la ley.
Si estamos muertos,
si estamos alejados de la fuente de la vida,
sólo transmitiremos muerte.

Aprendamos, pues, a alimentarnos bien:
de la Palabra de Dios,
del Cuerpo de Jesús,
de la oración
y de ese sacramento misterioso que es la presencia de Jesús
en el pobre.

Perdonar y ser perdonado

Ser perdonado es recuperar la alianza perdida,
dejar de estar separado,
no ser sino «uno» con Dios.

En su Evangelio, Marcos nos habla de Jesús enseñando en
una casa de Cafarnaún.

El patio está lleno, y no puede pasar nadie.

Llegan cuatro hombres que llevan consigo a un parálítico
y, como no pueden acercarse por culpa de la multitud,
demuestran gran ingenio,
suben al tejado, retiran algunas tejas y bajan al hombre en
su camilla situándolo justo delante de Jesús.

Jesús está hablando y, de repente, llega un hombre de lo
alto:

está parálítico, no habla, mira a Jesús.

En las personas que no pueden hablar, toda la intensidad de
la relación se sitúa en los ojos,
hablan con los ojos, y es sumamente conmovedor.

Cuando está frente a Jesús,

el hombre le mira, y sus ojos dicen:

«Te amo, confío en ti, ten piedad de mí».

Jesús se emociona al ver la fe de los que le deslizan por el
tejado

y al ver aquella mirada,
y dice de inmediato:
«Hijo, tus pecados te son perdonados», es decir, «¡Eres libre!».

Como es natural, entre la multitud se alzan murmullos.
Los escribas se asombran, se inquietan, se enemistan.
Nunca han oído hablar de algo semejante, nunca jamás han
leído tal cosa en los libros de teología.
Aquel hombre blasfema... ¿Cómo? Perdona los pecados.
Pero ¡únicamente Dios puede perdonar los pecados!

Entonces Jesús los mira y les dice: «¿Por qué pensáis así en
vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico:
“Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate,
toma tu camilla y anda”?
Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra
poder de perdonar pecados –dice al paralítico–: A ti te digo,
levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2,1-12).
Os lo imagináis, ¡aquel hombre daba saltos de alegría!

Lo que sucedió es a la vez muy hermoso y muy profundo:
los ojos de aquel hombre que amaba a Jesús, la ira de
los escribas y los fariseos y el gesto amoroso –pero
también provocador– de Jesús.
Ése es todo el misterio del perdón.

Al decir a aquel hombre: «Levántate y anda», Jesús le dice
de hecho lo mismo, pero en otro plano, que al decirle:
«Tus pecados te son perdonados».
Retira de sus hombros el yugo demasiado pesado que le
aplastaba;
le libera del peso de la culpabilidad que le incomodaba, le
ahogaba y le impedía avanzar hacia adelante.

Le asegura que Dios le ama,
que ya no están separados,
que está de nuevo en comunión con Dios,
y con ello le da alas.

Jesús vive en el instante presente de lo eterno.
Nos ama en cada instante ?? ?? y nos testimonia su amor;
pero nosotros, por miedo, pesadumbre, remordimiento o
repugnancia respecto de nosotros mismos,
hemos cerrado la puerta de nuestro corazón.
Entonces, el perdón
es Dios que vuelve a abrir la puerta y nos dice:
«Eres mi hijo amado; eres mi hija amada.
Me gusta estar contigo,
te amo.
No me interesa el pasado; no me preocupa el futuro,
estoy contigo ahora,
quiero vivir contigo y en ti,
y juntos daremos mucho fruto».

El perdón nos hace recuperar el amor de nuestra juventud,
el tiempo de los esponsales con Dios y de la promesa: «Te
desposaré conmigo para siempre...; y tú conocerás a
Yahvé».

Jesús sabe que el peso de nuestra culpabilidad nos aplasta,
sabe que necesitamos ser perdonados,
que necesitamos oír, físicamente, las palabras de nuestra
liberación.
Así, por ternura, ha elegido a unos seres humanos, ni mejo-
res ni peores que los demás,
a unos simples seres humanos –los sacerdotes–, con sus
heridas, debilidades y riquezas, como los demás,
y les ha transmitido el ministerio del perdón.

A algunos miembros de la Iglesia, Jesús les ha dicho: «Tú vas a perdonar en mi nombre. Vas a representarme en el sacramento del perdón».

Es importante poder decir a alguien que escucha de verdad, con ternura y comprensión, todo lo que nos ha herido, todo lo que hemos hecho, o hemos hecho mal, o nos hemos negado a hacer, todo lo que lamentamos y poco a poco nos va llenando el corazón hasta impedirle latir con esperanza.

Verbalizar nuestras tinieblas es una experiencia de liberación muy importante.

Cuanto más heridos hemos sido o más hemos herido, cuantas más cosas difíciles hemos vivido, cuanto más angustiados y culpables nos sentimos, cuanto más hemos dudado del amor de Dios, cuanto más nos hemos apartado de él, mayor necesidad tenemos de hablar, de liberarnos mediante la palabra y oír decimos después, a aquel que Dios ha elegido para hacerlo: «Yo te perdono en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

QUINTO DÍA

«¡DIOS MÍO, DIOS MÍO!,
¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?»

Penetrar en el interior del sufrimiento

En cierto modo,
Jesús ha venido al mundo para recrearlo,
volver a darle su verdadero sentido,
arrancarnos de nuestra visión demasiado humana,
que nos limita,
nos impide esperar
y nos encierra en la imposibilidad.
Porque «para Dios no hay nada imposible».

Si no nos sumergimos en el corazón del silencio para gustar esa recreación,
para impregnarnos de la gracia de Jesús,
para compartir su visión,
corremos el riesgo de extenuarnos por culpa de la acción,
de «las cosas por hacer»,
sin comprender la asombrosa novedad de dicha visión.

Nos han enseñado, por ejemplo, que debemos «hacer el bien al pobre», pero la visión del Evangelio va mucho más allá:
nos revela que es el pobre quien nos hace el bien a nosotros,
que es él quien es fuente de vida.
Una madre lo sabe bien;
es su pequeño,

cuando sonrío, cuando se vuelve hacia ella, cuando la llama,
quien le da vida.

También sabemos que el pequeño está llamado a hacerse
adulto,
pero para Jesús
es el adulto quien debe hacerse pequeño.
Es toda una inversión de nuestras certezas humanas: no
entraremos en el Reino siendo cada vez más grandes,
más sabios, más poderosos,
sino volviéndonos como niños pequeños,
porque el Reino es un misterio de comunión.

Si nos acercamos al pobre, al pequeño,
no para «hacerle el bien», sino para estar en comunión con él,
entonces nos acercamos a Dios
y entramos en comunión con Él.
Entramos en la celebración
que nos hace descubrir el corazón de Dios.

También nos han enseñado, si no a vengarnos, sí a exigir,
al menos, justicia:
«Ojo por ojo y diente por diente» es la norma que rige las
sociedades humanas.
Y es normal desear protegerse,
responder a la agresión con la agresión o la represión.

Pero Jesús dice algo distinto.
Dice —es lo que hemos meditado ayer—
«Ama a tus enemigos».
Deja caer tus sistemas defensivos.
No tienes necesidad de protegerte, yo soy tu protección.
La salvación del mundo no depende del incremento de las
armas

ni de la redacción de más leyes represivas,
sino de nuestra capacidad de amor y de perdón,
de nuestro deseo de reconciliación y de nuestro amor a los
enemigos.

Espontáneamente nos horroriza el sufrimiento;
es algo que no hemos necesitado que nos enseñaran:
todos tenemos miedo de él.
Pues bien, Jesús ha venido a darnos una nueva visión del
sufrimiento.
La actitud más generalizada es escandalizarse de su exis-
tencia y esforzarse por eliminarlo,
aunque los filósofos hayan intentado justificarlo como una
purificación necesaria,
o aunque algunos, por ejemplo los estoicos o los yoguis
hindúes, hayan intentado definir una actitud con rela-
ción a él:
se trataría de no dejarse doblegar;
a fuerza de voluntad o de distanciamiento interior,
superar el sufrimiento conservando, al mismo tiempo, la
serenidad.

Pero Jesús aporta algo enteramente nuevo.
Él no murió en medio de la serenidad.
Su agonía en el Huerto de los Olivos estuvo llena de lágrimas.
Tenía miedo, y «su sudor se hizo como gotas espesas de
sangre que caían en tierra» (Lc 22,44).
Suplicaba: «Aparta de mí este cáliz».
Y murió gritando en la cruz: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por
qué me has abandonado?» (Mc 15,34).

Es de suma importancia penetrar en el misterio del sufri-
miento.

No es una historia del pasado,
 algo superado por el progreso.
 Es la realidad de nuestro mundo de hoy,
 la realidad de nuestros hermanos y hermanas que están en
 países en guerra,
 la realidad de nuestros hermanos y hermanas que están
 enfermos
 o en la cárcel, que tienen hambre, que no saben dónde dor-
 mir,
 de aquellos a los que nadie quiere o que se encuentran
 solos,
 de los que están en duelo...
 Es la realidad de nuestro mundo.

Para penetrar en este misterio del sufrimiento,
 para descubrir lo profundo que es nuestro miedo,
 os propongo tomar un texto del Evangelio de san Mateo.

Jesús acababa de confirmar a Pedro como la roca sobre la
 cual iba a construirse la Iglesia.
 E inmediatamente después, en cuanto puso orden
 —y el orden es muy importante en un grupo—,
 «...comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él
 debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los
 ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser
 matado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21).

En cuanto puso orden, pudo comenzar a decir:
 voy a partir.
 Pero no lo dijo directamente,
 sino que empezó diciendo que iba a sufrir mucho,
 que iban a llevarlo a la muerte,
 que le iban a matar.
 Imaginad la angustia de aquellos hombres

que le amaban,
 que lo habían dejado todo por él,
 que debieron de ser objeto de burla por seguir a Jesús,
 que debieron de ser criticados por lanzarse así a la aventu-
 ra,
 por confiar en un hombre que pasaba por allí...

Se les vino todo abajo y, sobre todo, no podían soportar oír
 a Jesús decir que iba a sufrir mucho y a morir.
 Se derrumbaban todas sus esperanzas,
 era el triunfo de los que se burlaban de ellos.

Entonces Pedro tuvo una reacción muy sorprendente.
 Llevó a Jesús aparte y se puso a reprenderle diciendo:
 «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá
 eso!».

Como si le sacudiera para quitarle de la cabeza aquellas
 negras ideas
 y devolverle el optimismo,
 como si quisiera tranquilizarle.
 Y Jesús tuvo una reacción muy fuerte, llena de tristeza y
 quizá incluso de ira; exclamó:
 «¡Quítate de mi vista, Satanás!».
 «¡Quítate de mi vista, eres mi enemigo (ése es el sentido de
 la palabra “satanás” en hebreo), estás tentándome y
 haciéndome daño».

Y añadió: «¡Escándalo eres para mí!», que se puede tradu-
 cir también como «eres para mí un obstáculo». Y hay
 un curioso juego de palabras, porque la palabra griega
 que nosotros traducimos como «obstáculo» o «escán-
 dalo» en sentido propio significa: «piedra con la que se
 tropieza».
 Jesús acababa de decir: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra

edificaré mi Iglesia», y ahora decía: «Tú eres la piedra que me hace tropezar».

La piedra sobre la cual está construida la Iglesia puede convertirse en la piedra que causa escándalo, la Iglesia misma puede convertirse en esa piedra con la cual muchos tropiezan si deja de ser el rostro de Jesús y muestra una faz culturalmente correcta en la que no se le puede reconocer.

Jesús prosiguió: «porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres».

Es sumamente difícil penetrar en el pensamiento de Dios respecto del sufrimiento.

Nuestra primera reacción es la de Pedro.

El sufrimiento nos horroriza, nos remite a nuestro primer sufrimiento infantil, a esa experiencia que todos hemos tenido y que está en el corazón de nuestro corazón como una herida:

el sufrimiento de ser rechazado, de no ser querido, de estar de más, de no ser amado.

Es verdad, el sufrimiento físico puede ser terrible; sin embargo, puede resultar soportable si se es ayudado y si se es amado.

Pero el sufrimiento de no ser amado, de estar solo, es intolerable y hace todo insoportable.

Nuestra reacción respecto del sufrimiento es muy profunda,

muy violenta.

El sufrimiento nos subleva y no entendemos su existencia.

Es «insoportable»
y no podemos encontrarle ni significado ni sentido.

Jesús no ha venido a explicar el sufrimiento ni a justificar su existencia.

Nos ha revelado algo distinto:
que todo sufrimiento, toda herida, puede convertirse en ofrenda,
puede convertirse en fuente de vida y ser fecunda.

Humanamente no es ni comprensible ni posible,
sólo mediante una gracia completamente nueva del
Espíritu Santo podremos, no entender el sufrimiento
—nunca lo entenderemos—,
sino aprender a ofrecerlo
y a percibir en ese don tan humilde
un misterio de amor y comunión que da vida al mundo.

Aceptar el misterio de la Cruz

Querría penetrar con vosotros en el corazón de Pedro para entender mejor su reacción respecto del sufrimiento y para entender también mejor lo que ocurre en el interior de nuestro propio corazón y ayudarnos a descubrir lo que es El Arca, porque El Arca, como sabéis, está fundada sobre el sufrimiento.

El Arca nació por Luisito, Marcia, Claudia, Éric..., porque ellos sufrían, porque estaban en medio de la angustia, porque de su aflicción brotaba un inmenso grito.

Sí; El Arca está fundada sobre el sufrimiento, no sólo para intentar eliminar las causas del mismo –no siempre se puede–, sino para acoger al que sufre y amarlo.

Si se acoge al que sufre, si se intenta comprenderle, si se le ayuda, si se le ama, su sufrimiento será menos gravoso y se transformará.

Pero El Arca no es ni un hospital ni una escuela. En un hospital, las personas sanan o mueren, pero, en cualquier caso, llega un día en que se van.

A la escuela se va a aprender, y después se parte.
 Pero en El Arca se acoge a la gente para toda la vida.
 Se acoge a personas muy frágiles, muy heridas, muy angustiadas,
 que sin duda se irán sosegando algo poco a poco,
 que se serenarán lentamente en la confianza,
 pero que no sanarán,
 que seguirán siendo pequeñas, frágiles, débiles,
 y, al envejecer, descubrirán otras fragilidades, otras debilidades, y se harán aún más pequeñas.
 Es verdad, las personas de El Arca se transforman, se vuelven más apacibles,
 más dichosas,
 pero no por ello Lita podrá marcharse mañana ni Claudia podrá ir a la universidad ni Luisito hablará; en todos persistirá su fragilidad.

Para nosotros, llamados a vivir una alianza con personas que sufren, es de suma importancia comprender lo mejor posible cómo reaccionamos ante el sufrimiento; de hecho, es de suma importancia para todo el mundo. Todos hemos sido heridos o lo seremos o llegará el día en que encontraremos en nuestro camino a un ser herido, y es muy importante para todos penetrar en el interior del sufrimiento.

Pedro no soportaba el sufrimiento;
 y cuando Jesús fue detenido y maltratado, dijo por tres veces no conocer a aquel hombre. El Evangelio de Mateo dice incluso que la tercera vez se puso a jurar y a gritar: «¡Yo no conozco a ese hombre!».
 Pero Pedro no era un cobarde, sino un hombre valeroso, dispuesto a batirse por aquel a quien amaba, dispuesto a morir por Jesús.

Le había dicho: «Yo daría la vida por ti».
 Y después protestó: «¡Yo no conozco a ese hombre!».

Algo se había quebrado en él.
 Comenzó a dudar,
 y era verdad que en aquel hombre herido y sufriente no reconocía a quien le había deslumbrado cuando la pesca milagrosa
 y le había arrastrado tras de sí;
 no reconocía al que hablaba con autoridad y hacía milagros.
 Pedro había sido seducido por un Jesús fuerte, poderoso, y le había seguido debido a aquel poder.
 Muchos entran así en el misterio y se hacen cristianos porque les deslumbran la gloria y el poder de Dios;
 lo que, sin embargo, no es más que la primera puerta.

Pedro siguió a Jesús y fue testigo de sus curaciones,
 de la multiplicación de los panes,
 de la transfiguración,
 de la resurrección de Lázaro,
 del fervor de las multitudes...

Había quedado fascinado por aquellas palabras libres,
 por la unidad entre lo que Jesús decía y lo que hacía,
 por la novedad y la fuerza de su palabra, que daba vida a todos.

Le había entusiasmado aquel Jesús que no tenía miedo de los poderes establecidos,
 que denunciaba la hipocresía de muchos fariseos y escribas,
 que cerraba la boca con autoridad a los sabios
 y que liberaba a los pequeños del yugo tan pesado que les imponían.
 Pedro creyó verdaderamente que había hecho una buena elección,

que estaba en el «equipo vencedor»,
 que Jesús era ciertamente el Mesías que liberaría a
 Israel del invasor romano
 y le devolvería la dignidad, la libertad y el poder.
 Él saboreaba ya ese triunfo mesiánico y creía que ya
 estaba allí,
 al alcance de la mano.

Todos soñamos con estar en el equipo vencedor, ya sea
 en fútbol, en política o incluso en la Iglesia...
 Todos soñamos con formar parte de un grupo importan-
 te que cuente ante los ojos de los demás,
 soñamos con formar parte de un grupo que tenga razón
 y prevalezca sobre todos.

Pero Jesús estaba perdiendo,
 y Pedro no lo soportaba.
 No comprendía, no podía comprender,
 porque el Espíritu Santo aún no se lo había revelado,
 que Jesús iba a darle y a darnos la vida,
 no sólo mediante su palabra, sus actos y sus milagros,
 sino mediante su sufrimiento y su muerte,
 mediante su pequeñez.

Y a todos nosotros nos ocurre lo mismo.
 Debemos aprender a dar el paso,
 a comprender
 que el bendecido por Dios no es sólo el que triunfa y
 acomete empresas,
 sino el que vive el fracaso en la confianza.

Es verdad que cuando triunfamos en algo,
 en particular en el terreno religioso,
 nos sentimos bendecidos.

Pero ¿cómo sentirse bendecido cuando se es rechazado?;
 ¿cómo no ver el fracaso como algo negativo?;
 ¿cómo no escandalizarse de ese gran fracaso de la vida que es
 la muerte?;
 ¿cómo comprender que el bendecido por Dios es el que muere
 en la confianza a pesar de su sensación de ser rechazado?

¿Cómo puede creer el ser humano en el valor del fracaso?;
 ¿cómo puede creer en el valor de la vida de Inocente, Claudia
 y Luisito,
 en el valor de la vida de esos seres humanos que no han cono-
 cido nunca el éxito,
 de aquellos cuya vida ha comenzado en el fracaso,
 el fracaso de su cuerpo y su espíritu heridos,
 y también el de la tristeza y el rechazo?
 Nosotros no podemos comprenderlo,
 pero Jesús hace nuevas todas las cosas para nosotros.

Todos necesitamos identificarnos con un grupo fuerte y que
 triunfe,
 e incluso aunque logremos acoger a las personas heridas y
 pobres,
 puede que juzguemos con dureza a una comunidad empobre-
 cida y herida.
 Incluso en la Iglesia actual pueden darse reacciones curiosas y
 hasta el impulso inconsciente de admirar las fundaciones
 que crecen con rapidez,
 esas que suscitan muchas vocaciones,
 y la duda respecto de las comunidades sufrientes.

Es sumamente difícil comprender y aceptar de verdad lo que
 es sin duda esencial en el mensaje de Jesús: la unión ínti-
 ma entre la Cruz, la Resurrección y la confianza en la
 prueba.

Nosotros somos cristianos
y, sin embargo, nos resulta difícil aceptar la Cruz:
la adoramos, pero no la soportamos.

Vivir la compasión con María

Pedro no soportaba el sufrimiento de Jesús y huyó.
María
estuvo al pie de la cruz,
se mantuvo firme al pie de la cruz.

María no conoció primero a un Jesús poderoso,
sino que le conoció muy pequeño,
como un bebé que ella llevaba en su seno,
como un niño pequeñito al que alimentó, llevó en brazos,
lavó y proporcionó calor,
un niño pequeño que necesitaba ser amado.
Quizá sea éste el mayor misterio de la Encarnación.
El Dios hecho carne necesitaba ser amado como un niño
pequeño para poder crecer en el amor,
y María podía darle ese amor incondicional, porque era
transparente y estaba llena de gracia,
era pura, es decir, sin mezcla.

María no amaba debido al vacío de su ser,
a su carencia personal de amor,
sino debido a la plenitud de su ser,
porque era la llena de gracia.
Nosotros solemos amar debido a nuestro vacío interior,
que intentamos así colmar,

y solemos, por ello, intentar poseer a los que amamos: a nuestros hijos o a los miembros de nuestra familia o de nuestra comunidad.

María amaba de verdad y en plenitud.

En ella, todo estaba unificado,
todo lo que hacía por Jesús lo hacía con él.

No se apresuraba a bañarle o a darle de comer para irse a rezar, sus gestos cotidianos eran en sí mismos oración, porque ella tocaba el cuerpo de Jesús.

Es importante comprenderlo y ver cómo la materia, el cuerpo, puede ser fuente de vida, presencia de Dios, sacramento.

El sacramento es el lugar de la presencia de Dios.

Por eso, el primer sacramento es el cuerpo de Jesús, él es sacramento para María.

Y el pobre es sacramento para nosotros.

Jesús dijo: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

María tenía en sus brazos a un niño pequeño que era su Dios.

Hay en ello un misterio del Cuerpo de Jesús, un misterio del tacto que yo he entendido un poco mejor al tocar el cuerpo de Éric, al bañarlo,

al tenerlo en mis brazos con respeto y ternura, porque su cuerpo era templo de Dios.

Yo le hablaba, pero era sordo y no me oía, así que mis gestos eran una manera de hablar.

En El Arca somos muy sensibles a ese misterio del Cuerpo de Jesús, porque muchos hombres y mujeres de El Arca no entienden las palabras.

El único medio de hacerles descubrir el amor de Dios es el tacto. Y debemos acercarnos a ellos y tocarlos con respeto, porque son sacramento, presencia de Dios.

María tocaba el cuerpo de Jesús, llevaba en sus brazos a un niño pequeño que era su Dios.

Esa fe de María es un gran misterio; no se escandalizaba de la pequeñez de Dios, de los gritos del niño, del hambre y las lágrimas de Jesús; no se escandalizó cuando Jesús fue crucificado, cuando era tan pequeño en la cruz, cuando sufría terriblemente en la cruz.

Jesús sufría en la cruz, sus sufrimientos físicos eran espantosos.

Es importante comprender lo que Jesús vivió en la cruz, la tortura que es la crucifixión.

Dado que sus brazos están alzados en el aire, el crucificado sólo puede respirar apoyándose en las piernas y los pies para enderezarse y llenar los pulmones.

Por eso, el Evangelio dice que los soldados romanos, para acelerar la muerte de los crucificados y para que los cuerpos pudieran ser retirados antes del sábado, les rompieron las piernas.

Como Jesús ya estaba muerto, no le rompieron las piernas, sino que le traspasaron el costado con una lanza.

Veamos a Jesús durante las tres horas en las que tuvo que apoyarse en las piernas para lograr un poco de oxígeno; se asfixiaba poco a poco, apenas podía hablar; su agonía era lenta y terriblemente angustiosa.

Veamos también que estaba desnudo;
no se le representa así por pudor,
pero los esclavos y las personas a las que se crucificaba
eran despojados por entero de sus vestiduras,
de su dignidad;
ello añadía la humillación al castigo.

Veamos que estaba solo.
Todos sus amigos le habían abandonado:
Pedro había dicho que no le conocía y estaba lejos,
los demás discípulos también habían perdido la confianza,
dudaban de él,
ya no creían en él,
ya no creían ni en su misión ni en su palabra,
y, para Jesús, aquello constituía un sufrimiento espantoso.

En torno a él, en cambio, había escribas y fariseos,
toda una multitud llena de odio,
que se reía,
gozándose en su victoria,
burlándose de aquel hombre que sufría y al que creían
haber vencido.

Y María estaba allí, en pie.
No decía nada.
Había oído a Jesús decir: «Padre, perdónalos porque no
saben lo que hacen»,
pero no había sido un grito,
sino un mero susurro salido de los labios de alguien que
apenas podía respirar.

María estaba allí y no estaba escandalizada.
Sabía que era la hora de Jesús.

En Caná había oído a Jesús decir: «Todavía no ha llegado mi hora», y ahora María sabía que esa hora había llegado.

En lo más profundo de su ser, sabía que el momento era importante,
puede que la profecía de Isaías se repitiera en su corazón:
ese misterio del siervo sufriente (Is 53),
del hombre despreciado, sin belleza humana, varón de dolores,
habitado al sufrimiento,
por el que el mundo es salvado.

Es el gran misterio del Nuevo Testamento:
somos salvados por un condenado.
Por sus heridas somos curados.
Era preciso que Cristo muriera para que su amor se hiciera
explícito y llegara a su plenitud,
para que sus sufrimientos fueran fuente de vida,
una misteriosa puerta del cielo.

Y María estaba allí.
No estaba irritada contra los escribas y fariseos.
No tenía miedo.
No se sentía decepcionada.
Todo su ser estaba orientado hacia Jesús,
todo su ser le decía: «Confío en ti».
Jesús había sido despojado de todo, lo había perdido todo,
sufría terriblemente,
pero tenía algo: su comunión con María.
El Verbo vino al mundo en comunión con María y dejó el
mundo también en comunión con ella.

María estaba enteramente en comunión con Jesús
y se ofrecía con él al Padre.

Su corazón estaba herido,
 traspasado por una espada
 –se cumplía la profecía de Simeón–,
 y su corazón traspasado, junto con todo el cuerpo y el corazón traspasados de Jesús, se ofrecía al Padre.

A Jesús no le quedaba más que su Madre,
 estaba en comunión con ella.
 Sin embargo, en el último momento, como si se despojara de aquel último vínculo,
 la miró y le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».
 Después dijo al discípulo amado: «Ahí tienes a tu madre».
 Imagino que en aquel momento María miraría a Juan,
 puede que incluso esbozase un gesto hacia él,
 no miraría a Jesús.
 En aquel momento, después de haber entregado a María y a Juan el uno al otro,
 Jesús dijo: «Tengo sed».
 Lo que quiere decir, como es habitual en la Biblia: «Estoy angustiado».
 E inmediatamente después, entregó el Espíritu.
 Murió.

María nos enseña aquí algunos aspectos del misterio de la compasión,
 que es una de las realidades fundamentales de El Arca.
 Por eso María está en el corazón de El Arca.
 De ella es de quien debemos aprender a acompañar a las personas que nunca sanarán,
 que viven y vivirán con grandes angustias
 y profundas heridas.

Para vivir en comunión con personas angustiadas y frágiles,
 para estar con ellas,

para soportar las burlas o el desdén de los que están a nuestro alrededor y consideran que estamos perdiendo el tiempo,
 que podemos encontrar cosas mucho mejores que hacer,
 que nuestra vida es pequeña y no tiene sentido,
 es verdaderamente necesario que María esté en el corazón de nuestra vida,
 en el corazón de nuestras comunidades.
 El Arca está ligada a la Cruz y a la vida oculta,
 al Gólgota y al Calvario, así como a Belén y a Nazaret.

El Jesús sufriente nos hace entrever el gran misterio del sufrimiento humano.
 Cada uno de nuestros sufrimientos, cada una de nuestras heridas,
 cada una de nuestras fragilidades,
 todo lo que está roto es nosotros,
 todo nuestro miedo a ser rechazados,
 a no tener sitio,
 toda nuestra angustia,
 toda nuestra confusión,
 todas nuestras dificultades para vivir
 pueden ser fuente de vida si las unimos
 a la Cruz de Jesús y a su Resurrección.

No debemos, pues, encolerizarnos con nuestras heridas,
 con nuestros padres, con la sociedad, con los que nos han hecho daño,
 sino descubrir con Jesús
 que todo este sufrimiento no es inútil,
 que es como el estiércol, que mejora la tierra y la hace fructificar,
 que nada de todo ello se pierde, sino que Jesús lo recoge todo,

acogiéndolo en sí
y transformándolo para hacer de ello fuerza de vida.

Jesús vino a hacernos descubrir el sufrimiento como ofrenda.

Eso no quiere decir, naturalmente, que no haya que luchar para aliviar el sufrimiento.

Cuando a alguien le duelen las muelas, no hay que tomarle la mano y decirle: «¡Te amo!», sino que hay que encontrarle cuanto antes un buen dentista;

cuando alguien padece problemas psíquicos, debe consultar cuanto antes con un psiquiatra;

cuando hay dolor, hay que intentar hacer cesar ese dolor; frente al sufrimiento, hay una compasión que es competencia.

Pero cuando una madre acaba de perder a su hijo, cuando una mujer acaba de perder a su marido, cuando un joven acaba de enterarse de que no volverá a andar,

ya no se trata de competencia, sino de una compasión que es presencia.

Cuando alguien se está muriendo, después de haber hecho todo lo posible por salvarle, debe haber alguien a su lado para no dejarle solo y para acompañarle hasta las puertas del cielo.

En El Arca debemos tener estas dos formas de compasión; debemos saber curar y hacer curar a los que acogemos: es la compasión competencia.

Pero debemos saber también que todos los cuidados del mundo,

toda la competencia técnica,
no eliminarán ciertos dolores,
no curarán ciertas angustias,
no cicatrizarán ciertas heridas,
y nosotros debemos aprender a estar ahí, en la compasión,
como María.

Debemos descubrir también con ella
el misterio de nuestro propio sufrimiento,
que podemos ofrecer con ella,
en unión con Jesús,
para dar vida al mundo.

SEXTO DÍA

«DICHOSOS LOS PACÍFICOS...»

Saber esperar en la esperanza

Bajaron el cuerpo de Jesús de la Cruz.
María lo sostuvo en sus brazos.
El cuerpo de Jesús reposó sobre ella por última vez,
antes de los tres días de espera en la tumba.
Me gusta mucho el Sábado Santo: es el día de la espera y la
esperanza;
ese día me suele dar la impresión de que el mundo entero espe-
ra.

Es verdad que, en cierta forma, desde muchos puntos de vista,
lo queramos o no, sin que ni siquiera sepamos bien qué espe-
ramos,
todos estamos en espera.

La vida entera es una suerte de espera.
Los jóvenes esperan encontrar al ser amado,
esperan su vocación,
esperan terminar sus estudios y encontrar trabajo.
Los casados esperan hijos,
los hijos esperan crecer,
los mayores esperan la muerte.
Todos esperamos vagamente alguna cosa.

Yo me encuentro también con muchas personas que viven
situaciones intolerables

en las que ya no se sabe qué hacer,
ni qué esperar:
¿un cambio, un milagro, una curación...?
No se sabe.
Se vive y se espera sin esperar.

Un hombre está preso del alcohol. Lo ha intentado todo para dejarlo, pero no lo ha conseguido.
Otra persona tiene una discapacidad mental y sufre una angustia espantosa. Se hace todo lo posible por comprenderla, ayudarla y curarla, pero nada cambia.

Un marido y su esposa no se entienden. Cualquier cosa es motivo de enfrentamiento. Ya no saben qué hacer, nada cambia entre ellos, nada avanza.
Y, sin embargo, todos siguen esperando.
Hay una especie de fuerza en nosotros que siempre espera.

También en este aspecto, María es nuestro modelo.
María esperaba; no sabía lo que esperaba, pero esperaba en paz.
Jesús dijo que «resucitaría al tercer día».
Su madre no sabía lo que aquello quería decir.
¿Iba a despertar como Lázaro u ocurriría de otro modo?
María no sabía nada.
También los apóstoles y discípulos esperaban, pero todos de manera distinta.
¡Esperar no es fácil!

María Magdalena esperaba en la impaciencia. El tiempo le pesaba.
Estaba deseando que pasase el sábado, quería correr al sepulcro,

quería estar cerca del cuerpo de Jesús, quería verle resucitado.
Cuando por fin pudo ir, salió corriendo, pero se notaba que estaba triste y preocupada.
Lloraba, preguntaba a los ángeles, estaba, por así decirlo, dominada por la angustia.
María, la madre de Jesús, no se movió, no corrió al sepulcro, porque el sepulcro estaba vacío.

Todos vivían la angustia de la espera, y supongo que muy pocos la vivieron tranquilamente. En momentos como ése suele ser cuando una comunidad se rompe, sus miembros se enfrentan, no se soportan unos a otros, se ponen agresivos, y las reacciones son desmedidas.

Fijémonos en los discípulos de Emaús.
Volvían a su pueblo;
sin duda, no soportaban las tensiones internas del grupo,
ya no aguantaban aquella espera sin saber qué esperar.

Fijémonos en cómo acogieron los apóstoles la noticia de la Resurrección.
En el Evangelio se dice que no creyeron a las mujeres, que fueron apresuradamente a decirles que habían visto a unos ángeles y que el Señor había resucitado. Imaginemos lo que los apóstoles pensarían: «Estas mujeres están histéricas, dicen lo primero que se les ocurre, su dolor las confunde...».
Pero María no dijo nada.
María esperaba en la confianza y la certeza de que Jesús resucitaría como había dicho.

Es sumamente difícil esperar en la prueba.
 O bien se está embargado por la angustia
 y se intenta forzar los acontecimientos,
 o se intenta «hacer cosas»,
 lanzándose a una actividad frenética sin un auténtico objetivo,
 simplemente para canalizar esa angustia
 y liberar esas energías desahoradas que nos inundan poco a poco.
 O bien se rompe con todo, se escapa, se huye:
 ya no se puede resistir porque no pasa nada ni nada cambia.

En la prueba, hay que aprender a esperar,
 a menudo sin moverse,
 en una actitud de oración y ofrenda.

Debemos pedir a Jesús esa gracia de saber esperar,
 no siempre comprendiendo lo que ocurre
 y sin querer dictar nuestra voluntad a los acontecimientos,
 las cosas o las personas.
 Es verdad, el ser humano desea comprender, saber, avanzar sin reparar en obstáculos,
 y eso es magnífico.
 Pero algunas veces
 hay que aceptar no comprender de inmediato.

Cuando María y José encontraron a Jesús niño en el templo de Jerusalén,
 después de haberle buscado angustiados durante tres días,
 Jesús les dijo: «¿Por qué me buscabais?
 ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49),
 y el Evangelio añade que José y María no comprendieron.

Hay muchas cosas que no se comprenden,
 y algunas veces
 hay que saber esperar la luz,
 estar, no moverse, velar,
 esperar la hora de Dios.

Cuando se ha hecho todo lo que se debía hacer,
 hay que saber esperar.
 María es quien nos enseña a esperar en la prueba,
 ante todas las heridas y fragilidades,
 ante la prueba de nuestras propias heridas y fragilidades,
 esperar en la confianza y la certeza de que llegará la Resurrección.

Porque ésa es nuestra espera más profunda:
 que resucitaremos.
 Sin duda el último día, al final de los tiempos;
 pero antes, de inmediato,
 en cuanto seamos arrancados de nuestra cárcel de miedo,
 incapacidad y tristeza,
 en cuanto seamos liberados del sepulcro de nuestra soledad
 y nuestro egoísmo,
 en cuanto vivamos en plenitud.

La Resurrección es el acontecimiento cósmico más extraordinario de todos los tiempos.
 Y es también un acontecimiento muy pequeño y humilde.
 Querría que observásemos juntos la humildad de la Resurrección,
 para que comprendamos la humildad de nuestra propia resurrección.

Todos tenemos tendencia a soñar con grandes acontecimientos,

nos gusta lo espectacular.
Y nos cuesta descubrir la humildad del paso de Dios por
nuestra propia vida,
porque pasa siempre tan humilde y sencillamente
como una «suave brisa»,
y siempre en un misterio de fe.

Cuando Jesús resucitó,
no se apareció sobre el templo de Jerusalén, ante la multi-
tud de los días señalados,
con fulgor de relámpagos y clamor de trompetas;
se apareció sencillamente a algunas personas
que ni siquiera estaban seguras de reconocerle.

Veamos lo sencillo que fue el encuentro de Jesús con los
discípulos de Emaús en el Evangelio de Lucas.
Jesús caminaba con ellos, y únicamente poco a poco,
con signos muy sencillos,
le reconocieron y comprendieron que había resucitado.

Veamos la primera aparición de Jesús a los apóstoles (Lc
24,36-43).

A toda prisa y con gran alegría, los discípulos de Emaús
volvieron a Jerusalén y contaron a los apóstoles lo que
les había ocurrido en el camino.

«Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en
medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”.
Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu».

La primera reacción de los apóstoles fue el miedo,
creían ver un fantasma;
y sin embargo, sabían que Jesús había resucitado.

Las mujeres se lo habían dicho. Pedro había visto el sepul-
cro vacío, y los discípulos de Emaús acababan de hablar
de lo mismo.

No obstante, su primera reacción no fue creerlo.
«Pero él les dijo: “¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se susci-
tan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis
pies; soy yo mismo. Palpadme y ved, porque un espíri-
tu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”. Y,
diciendo esto, les mostró las manos y los pies».

Y atended bien a esta frase: «Como no acababan de creér-
selo a causa de la alegría...».

Es una frase extraordinaria, que muestra a la perfección la
humildad de la Resurrección.

No hay relámpagos ni iluminaciones interiores ni deslum-
bramiento brutal

ni certeza inmediata, absoluta y total.

Es algo muy sencillo,
tan sencillo que los discípulos no se atreven a creerlo,
tan sencillo que puede uno «negarse» a creerlo.

Entonces Jesús insistió:

«¿Tenéis aquí algo de comer?». Yo no creo que tuviera
hambre, sino que quería demostrarles que era verdade-
ramente él, que estaba vivo: «Le ofrecieron un trozo de
pescado. Lo tomó y comió delante de ellos».

¿Acaso no es asombrosa una escena tan humilde?

Jesús no se apareció como un triunfador,
sino en una gran pequeñez, una gran humildad.

Intentó convencer a los discípulos:

«Mirad, estoy aquí, soy yo; tocadme, dadme de comer».

Este misterio tan grande de la Resurrección
es al mismo tiempo tan pequeño...

A esta luz debemos comprender nuestra propia resurrec-
ción.

Porque somos resucitados; lo que esperábamos ya ha llegado,
 y nuestra resurrección, ese don del Espíritu Santo por Jesús,
 es una maravilla,
 pero también algo muy pequeño, muy humilde,
 que nos transforma de golpe,
 que nos cambia bruscamente.
 Es como una semilla muy pequeña en la tierra vulnerable
 y labrada de nuestro ser.

Somos un pueblo roto, herido, atormentado,
 con vivas reacciones de rechazo, miedo y angustia,
 con una vulnerabilidad tan grande y tanto miedo a sufrir
 que no dejamos de protegernos, de poner barreras, de defendernos,
 pero si aceptamos dejar entrar al Espíritu Santo
 en nuestra fragilidad y nuestra debilidad,
 él será como una semilla muy pequeña
 que crecerá poco a poco
 y se transformará.

Acceder a la confianza

Todos soñamos con una conversión espectacular como la
 de san Pablo,
 una brusca iluminación que lo cambie todo;
 pero, incluso en el caso de san Pablo, no sabemos cuánto
 tiempo hizo falta para que la conversión tuviera lugar
 plenamente,
 no sabemos cómo fue preparada ni lo que la siguió.

Somos tan impacientes que no soportamos, después de
 «nuestras conversiones», no ser «perfectos».
 Es verdad que puede haber momentos en que el cambio se
 haga perceptible,
 momentos en que tengamos la impresión de abrir los ojos
 o de volvernos de golpe hacia la luz —eso es lo que
 quiere decir la palabra «conversión»: «volverse»—,
 momentos en que tengamos la intuición de haber encontrado
 por fin el camino.
 Pero no soportamos que no haya cambiado todo en nosotros,
 que en nosotros siga habiendo tinieblas,
 zonas de sombra,
 fragilidades, ira o heridas.

Soñamos con el «todo o nada»,
 con cambios radicales y definitivos,

y olvidamos que no somos seres que se caractericen por la mutación, sino por el crecimiento.

El ser humano necesita nueve meses para formarse en el vientre de su madre.

Y llega ese momento extraordinario del nacimiento, en que se hace lo bastante grande para salir, pero para otro crecimiento, que necesitará años y años, en el que, como es natural, se pueden identificar etapas: la primera sonrisa, los primeros pasos, las primeras palabras...; pero, de hecho, es un crecimiento lento y continuo hacia la madurez, antes de que comience la fase de decrecimiento, que es también un período de maduración aún más profunda.

En el ser humano, el crecimiento por decrecimiento de las facultades físicas o intelectuales

es tan importante como el crecimiento por adquisición.

Es un gran misterio que seamos llamados a ser todos pequeños algún día.

La experiencia de la riqueza, la fuerza y el poder puede durar unos años, pero todos estamos orientados hacia la pobreza y la pequeñez.

Recuerdo al Padre Arrupe, que fue general de los jesuitas.

Era un hombre brillante, de una gran inteligencia y con una visión asombrosa del mundo y de la Iglesia. Un hombre feliz lleno de vida, que a veces cantaba a pleno pulmón canciones vascas a sus visitantes.

Ha sido, en mi opinión, uno de los grandes hombres del siglo XX.

La última vez que le vi

había tenido un derrame cerebral y no podía hablar. Tampoco podía leer, y yo le llevé un libro infantil, *Je rencontre Jésus*, para que viera las imágenes.

Vivió otros diez años más como un niño pequeño, incontinente, alimentado a la boca, incapaz de hacer nada por sí mismo.

Todos estamos orientados hacia ello. Puede que no pasemos diez años como él, en esa pobreza y esa dependencia,

pero todos envejeceremos.

Todos nos haremos más débiles, más frágiles, más pequeños, y tendremos que acoger esa pobreza.

El crecimiento en el decrecimiento es un gran misterio. Yo lo viví con mi madre, que murió unos días antes de cumplir los noventa y tres años.

A edad avanzada, cuando se estaba quedando ciega, seguía creciendo en la pequeñez, en la acogida de lo real.

Porque eso es la maduración, eso es el crecimiento: acoger progresivamente lo real y dejar de refugiarse en lo ilusorio.

Una madre cuyo hijo murió a los cinco años me dijo algo muy hermoso que ilustra perfectamente este misterio de la maduración.

Su hijo, a los tres años, había tenido una enfermedad que le había paralizado las piernas, después el mal había progresado.

A los cinco años estaba ciego y completamente paralizado. Unas semanas antes de su muerte, su madre estaba a su lado y lloraba.

El pequeño entonces le dijo: «No llores, mamá, todavía tengo un corazón para querer a mi madre».

Lo había perdido todo, pero había alcanzado la madurez.

La madurez es la acogida plena de la realidad, la aceptación del presente.

Es dar las gracias por lo que se tiene
y no llorar por lo que no se tiene.

Es muy raro llegar a ella,
llegar a dejar de vivir en una idealización que se niega
a ver las cosas y los seres tal como son,
sino aceptarse y aceptar a los demás como son,
viendo la luz que hay en ellos
y con la certeza de que todos podemos crecer.

Todos estamos más o menos en lucha con la realidad,
con lo que vivimos o lo que hemos vivido,
con nosotros mismos o con los demás.

Nos agotamos debido a la ira, porque no queremos
aceptar la realidad tal como es. Entonces vivimos en
el pasado o nos proyectamos en el futuro,
pero no vivimos verdaderamente en el presente.

Conocéis esta historia, que podría ser la de muchas personas.

Es un niño en el colegio que dice continuamente:
«Cuando salga del colegio, trabajaré y seré feliz».

Sale del colegio, se pone a trabajar y dice continuamente:
«Cuando me case, seré feliz».

Se casa, y al cabo de unos meses ve que su vida no cambia
y se dice: «Todo irá perfectamente cuando tenga hijos».

Llegan los hijos, y es estupendo, pero con mucha frecuencia lloran a las dos de la mañana, y el joven suspira: «¡Qué se hagan pronto mayores...!».

Y los niños crecen, ya no lloran a las dos de la mañana, pero hacen miles de tonterías, y comienzan los verdaderos problemas. Y el hombre sueña con el momento de quedarse solo con su mujer: «¡Será tan estupendo!».

Y cuando por fin es viejo, recuerda con nostalgia el tiempo pasado:
«¡Era tan estupendo!».

Todos tenemos dificultades para vivir el momento presente,
para gozar de la presencia de Dios aquí y ahora.

Y, sin embargo, eso es la Encarnación,
esa revelación de que Dios está oculto en la realidad, en la
materia misma del mundo,
que no está fuera de nuestro alcance,
que no necesitamos buscarle en otro lugar muy alejado, en
el cielo o en las estrellas,
en el futuro muy lejano,
sino que está muy cerca de nosotros, e incluso en nuestras
heridas.

Dios está presente en un eterno presente.

La historia completa de cada uno de nosotros es la de nuestro crecimiento progresivo en la acogida y la aceptación de lo real,

en la acogida y la aceptación de nuestra historia,
de la verdad de nuestro ser,
de la verdad de los demás.

Es un camino sumamente largo.

Muy a menudo, en el decrecimiento hay en el anciano capacidades que le permiten aceptarse mejor,
pero no siempre es así.

Hay ancianos amargados, desesperados, encolerizados con lo que viven, consigo mismos y con su historia,
y también con el final de esa historia.

Abrazar la realidad,
establecer una verdadera alianza con la realidad,

establecer una verdadera alianza con la propia pobreza,
con los demás,
con Jesús y el Padre en el Espíritu Santo,
sí, es un largo camino.

Somos como árboles que crecen muy lentamente.
En la Amazonía hay un árbol muy poco conocido y muy
hermoso: el bacuri.
El bacuri necesita cuarenta años para dar su primer fruto.
Algunas veces nosotros somos como bacuris:
esperamos los frutos durante treinta y cinco años, y no
vemos llegar nada.
Sin embargo, la resurrección está ahí,
y los frutos se preparan en secreto.
Hay que saber esperar.
Hay dos tiempos: el nuestro y el de Dios,
y Dios sabe esperarnos.

El misterio cristiano es de una gran humildad,
la humildad de Dios.
Hay una curiosa colaboración entre cada uno de nosotros y
Jesús;
caminamos realmente juntos,
juntos es como marcamos el ritmo.

Jesús nos da la gracia,
pero es a nosotros a quienes nos toca avanzar,
a nosotros nos toca alimentar nuestra alianza. Dios no nos
obliga, no nos manipula, no intenta forzarnos ni influir-
nos.
Siempre me conmueve mucho esa humildad de Dios res-
pecto de cada uno de nosotros,
su extraordinaria delicadeza,
su gran respeto por lo que somos.

Cuando Jesús llamó al joven rico, le dijo: «Una cosa te falta:
anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres...;
luego, ven y sígueme».
El joven no pudo hacerlo.
Y Jesús no insistió.
No corrió tras él para seducirlo o convencerlo o prometer-
le algo distinto de la verdad,
alguna gloria o riqueza... que pudiera atraerlo.
Jesús no utiliza ningún medio de manipulación,
no hace publicidad alguna,
respeto muchísimo nuestra libertad,
nos ama mucho,
ésta es también su pobreza.

Dios dice: «Si quieres..., sígueme. Pero no te obligo,
no te prometo el éxito en la tierra,
sino el cielo, que es estar siempre contigo.
Si tú quieres, caminemos juntos, yo no te abandonaré».
Es verdad, Dios no nos abandonará ni aunque nos aparte-
mos de Él.
Cuando Jesús llama a alguien, aunque haga grandes estu-
pideces,
Jesús no le abandonará, no le criticará,
esperará que cambie,
esperará su retorno.

Nosotros tenemos tendencia a utilizar a las personas, y si
no responden a nuestras expectativas, nos desentende-
mos de ellas.
Jesús no se desentiende de nadie, no se aparta de nadie.
Espera en el amor.
Lo que quiere es que crezcamos en la libertad interior,
que lleguemos libremente a amar,
y ello puede necesitar mucho tiempo,

puede ser un largo camino de crecimiento.
Es la humildad de la resurrección, la humildad de nuestro crecimiento en el Espíritu Santo.

Es también la humildad y la pobreza del El Arca.
Nosotros esperamos asistentes,
que llegan, o no llegan.
Es también la humildad y la pobreza de Luisito o de Claudia.
Ellos están siempre ahí,
a menudo piden a los asistentes que se queden,
pero no juzgan ni condenan al que se va.
En El Arca, en particular, somos llamados a ser hombres y mujeres pacientes,
a crecer en esa paciencia de Jesús, que es también la certeza de que él está ahí.

Jesús nos pide que nos ocupemos de nosotros mismos,
que intentemos estar en forma humana y espiritualmente,
que nos tomemos el necesario reposo, que comamos como es debido, que nos distraigamos,
que descansemos en él de todo cuanto nos agobia,
que reposemos en él,
que nos alimentemos espiritualmente
sin esperar tener grandes iluminaciones,
sino sabiendo que, silenciosa y suavemente,
creceremos poco a poco.

Si escuchamos la palabra de Dios.
si nos tomamos en serio sus promesas,
si nos alimentamos de los sacramentos de la Iglesia,
si nos dejamos guiar por un sacerdote o un anciano,
si nos dejamos alimentar por el corazón del pobre,
por el sacramento del pobre,

entonces,
en la humildad, imperceptible, secretamente,
creceremos poco a poco,
comprenderemos lo que no comprendemos,
nos haremos más pacíficos y amantes.

Dios conduce tan suave y lentamente...;
no hay nada que probar, nada que defender,
él es Amor y Don total de sí mismo, y lo único que quiere
es entregarse a nosotros en esta alianza,
hacernos entrar en esta alianza que nos hará estar vivos.

Debemos hacernos amigos del tiempo,
debemos aceptar que las cosas necesitan tiempo,
debemos ser hombres y mujeres capaces de esperar,
porque saben que el Eterno —aquel que está fuera del tiempo—
está ya presente
y que se trata de vivir con él hoy, ahora.

Abrirse a la ternura

Hélène, de la comunidad de Punla, en Filipinas, murió hace unos meses.

Cuando llegó a la comunidad tenía quince años.

Había vivido en el hospital desde su nacimiento y era diminuta.

Era ciega, no podía ni andar ni hablar ni hacer nada con las manos;

un pobre cuerpecito muy herido y frágil.

Kéiko, una joven japonesa, era quien se ocupaba de ella. Y cuando fui a Manila aquel año, Kéiko me dijo lo difícil que era vivir con Hélène.

Hélène no tenía reacción alguna.

Estaba completamente amorfa, no reaccionaba a nada, no reclamaba nada, sólo era capaz de succionar del biberón que le ponían en la boca.

Era sumamente duro no saber en absoluto lo que podía sentir ni tener comunicación alguna con ella.

Animé a Kéiko a seguir hablándole con mucha dulzura, a acariciarla con mucha ternura, a tomarla en brazos con mucho cariño.

Y le dije: «Si Dios quiere, algún día sonreirá. Y ese día, Kéiko, envíame una tarjeta».

Unos meses después recibí una cartita de Manila: «Hélène ha sonreído hoy», escribía Kéiko.

Hélène había renacido a la vida: algo sepultado en el fondo de ella se había liberado, había brotado una pequeña fuente, había renacido a la confianza.

Sabéis que somos seres de comunión y cuando la comunión no es posible, nos encerramos en nosotros mismos, volviéndonos incapaces de comunicarnos, de actuar, de entrar en esa circulación vital del mundo y de los seres;

es como si ya no fuéramos irrigados.

El niño que es abandonado, dejado a su suerte desde su nacimiento, se encierra en un mundo de tristeza y depresión

y se vuelve incapaz de reaccionar.

Yo tuve un «shock» en Rumanía hace algún tiempo.

Estaba en un hospital en el que se encontraban casi trescientos niños discapacitados al cuidado de una sola enfermera a la que algunas buenas personas del pueblo acudían a ayudar.

Cuando voy a un hospital donde hay niños pequeños discapacitados, suelo tomar a uno de los niños en brazos y lo estrecho contra mi corazón para que sienta el calor y las vibraciones de mi cuerpo. Y es asombroso ver cómo en unos segundos el rostro del niño se transforma.

Cuando está solo en su cama, está como en otro mundo, en otro lugar, muy lejos, pero cuando su cuerpo está sobre otro cuerpo, cuando se le habla dulcemente al oído,

se estremece de alegría, está como embriagado por la presencia, iluminado por el contacto.

Y cuando se le vuelve a meter en la cama, una especie de velo recubre su rostro, y es muy difícil volverle a dejar allí tumbado.

Pero en aquel hospital, el niño al que toqué se echó hacia atrás, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

Creí que le había hecho daño, que le había alzado mal o que había tocado una herida

y volví a levantarlo con dulzura,

y de nuevo se sobresaltó y se echó hacia atrás.

Tenía tanto miedo, estaba tan encerrado en su desesperación, tan alejado de los demás, que el menor contacto le hacía daño.

Lo único que el niño puede vivir es la comunión, ese vaivén del amor en que se da y se recibe.

Algunas veces oigo decir a los psicólogos que el niño no ama,

que el amor es algo que se desarrolla, algo del orden del don y del altruismo.

Es verdad que en el amor hay esa dimensión oblativa que sin duda hay que ir adquiriendo poco a poco, pero es falso que el niño no ame.

Al contrario, el niño no es sino amor. Pero vive una forma de amor que nosotros hemos perdido y a la que tenemos mucho miedo: el amor de confianza.

Hay un amor de generosidad del que, sin duda, el niño pequeño no es capaz. ¡Un bebé no es generoso! Pero es extraordinariamente confiado, y la confianza es ya una entrega personal.

Quizá nosotros hayamos crecido en generosidad, pero hemos perdido la confianza: la confianza en Dios y la confianza en los demás. Tenemos tanto miedo a ser engañados, manipulados, traicionados..., a depositar mal nuestra confianza, que hemos desarrollado todo un sistema defensivo, al abrigo del cual intentamos probar nuestra independencia, nuestra autonomía.

El niño, por su parte, no puede ser autónomo. Cuando nace es tan pequeño que no puede hacer nada por sí mismo, ¡ni siquiera taparse con la manta cuando hace frío por la noche!

Es dependiente en todo y sólo puede llorar. Pero lo extraordinario es que su llanto es también un signo de confianza: «Confío en ti, sé que me quieres, sé que quieres mi bien, que quieres que sea feliz. Sé que responderás a mi llanto», dice el niño.

Y la madre responde al llanto del niño, lo interpreta: «Tiene hambre, tiene sed, está triste o tiene miedo a la oscuridad...». Me gusta mucho oír a una madre interpretar el llanto de su bebé, comprenderlo, porque le quiere y le conoce.

Y nosotros, en el Arca, es necesario que sepamos interpretar también el llanto o el grito de las personas que no pueden hablar. No tienen el lenguaje, pero nos hablan con su rostro, sus gestos, su mímica, su violencia a veces, y debemos interpretar, comprender, lo que piden o lo que rechazan, escuchar su sufrimiento.

Es necesario comprender el llanto del niño y respetar lo que nos dice de él.

Lo mismo ocurre con los adolescentes; hablan, como es natural, pero algunas veces lo que verdaderamente cuenta no son las palabras que pronuncian, entonces se expresan de otra manera, mediante gestos, manifestaciones, actitudes que hay que saber interpretar.

Y en alguna medida, eso es verdad para cada uno de nosotros. Algunas veces no sabemos decir lo que nos hiere o nos angustia verdaderamente, entonces es necesario alguien que sepa comprendernos.

El niño necesita ser amado, con ese amor que le revela que es hermoso, que estamos felices de estar con él, felices de que exista,

de ocuparnos de él, de acariciarlo, de bañarlo, de besarlo o de jugar con él.

Él lo siente a través de la manera de tocarle, de hablarle, porque no sólo cuentan las palabras, sino también, y más, el tono de voz.

Cuando el niño es demasiado pequeño para comprender las palabras, comprende, sin embargo, muy bien el tono de la voz.

Del mismo modo, un sacerdote puede decir cosas muy hermosas en su homilía,

pero será el tono de su voz lo que revelará si tiene fe o no, si cree o no, si ama verdaderamente a Jesús.

La manera de pronunciar el nombre de Jesús revela nuestro amor o nuestra falta de amor y la calidad de nuestra relación con él.

Y es horroroso cuando se observa un desfase entre lo que se dice y lo que se expresa de hecho.

El niño se sabe amado si sabemos interpretar su llanto. Recuerdo haber visto, en un hospital de Canadá, a unas enfermeras cambiando los pañales de unos niños discapacitados.

En medio de la sala había un gran televisor, eran las diez de la mañana, y cambiaban a los niños mientras veían la televisión. No sé si habéis intentado alguna vez hablar con alguien que está viendo la televisión.

No conocemos la historia de Héléne, no sabemos exactamente qué la hirió, pero sabemos que fue terriblemente herida. Que debió de llamar y llamar para obtener cariño, ternura, para que se ocuparan de ella con dulzura, para que le hicieran sentir que era importante, que contaba para alguien.

Y si nadie respondió —y no debió de responder nadie—, llegó un día en que dejó de llamar, se encerró en sí misma, se retiró cuanto pudo del mundo.

Todos hacemos eso mismo: cuando la relación con los demás nos hiere, cuando nadie nos da esa comunión que deseamos, nos retiramos a nosotros mismos, nos encerramos en nuestros sueños. Pero lo que es un poco distinto en el caso de Héléne es que nosotros podemos seguir haciendo cosas, trabajando, saliendo, limpiando la casa...

¿Cómo saldrá Héléne de su cárcel de miedo y desesperación?

¿Cómo se abrirá de nuevo a la comunicación?

Encontrando a alguien en quien poder confiar, alguien que no la juzgue ni la condene.

Porque si Héléne se abre un poco y a continuación se la juzga o se la condena, si se considera que es «mala», se volverá a cerrar definitivamente.

Un día hablé de la situación de Héléne a unos jóvenes de quince años y les pregunté:

«Si vosotros resultarais heridos y decidierais cerraros y, además, os sintierais culpables, ¿tendríais a alguien a quien acudir? ¿Con quién podríais hablar?

¿Conocéis a alguien en quien tengáis suficiente confianza como para saber que nos os juzgará ni os condenará nunca?».

No les pedí que respondieran, pero vi en su rostro que muchos no tenían a nadie.

¿Cómo tocar a Héléne para tranquilizarla, para que no se sienta juzgada?

Héléne grita pidiendo comunión y no-juicio, pero su grito está encerrado en ella.

Es como una piedra y no reacciona a nada.

Kéiko decía que era muy duro vivir con Héléne, que su total falta de reacción solía remitirla a su propio miedo y a su propia ira.

Cuando Kéiko estaba cansada, sentía surgir en ella fuerzas agresivas o depresivas que le hacían perder la paciencia.

«¿Por qué no respondes?; ¿por qué no reaccionas?

Yo te lavo, te visto, te alimento, te transporto y te paseo suavemente,

¿por qué todo ello parece no existir para ti?
¿Qué sentido tiene que pase mi vida contigo? Ya no puedo más..., peor para ti. ¿Acaso puedo seguir perdiendo el tiempo contigo?».

Cuando el otro no es como nosotros queríamos, enseguida nos angustiamos, nos encolerizamos y entramos en un tipo de relación en la que se mezclan la depresión y la agresión, incluso aunque sepamos ocultarlas bajo una máscara de cortesía.

Hay silencios llenos de ternura,
y silencios llenos de odio.
Se puede estar muy deprimido y no dejar de sonreír. Suele decirse que los payasos, que hacen reír a todo el mundo, están, en su interior, llenos de una gran tristeza.

Para vivir, una Hélène necesita muchísima ternura, necesita sentir que está en comunión con los demás. Y si recibe esa comunión, dejará caer sus barreras defensivas, se abrirá poco a poco. Y, un día, sonreirá.

La historia de Hélène en la comunidad ha sido muy breve. Fue Jing quien, cierto día, la resumió así: «Hélène llegó, sonrió, fue bautizada y después murió». Su muerte fue muy dolorosa: tuvo una crisis de epilepsia, no pudo recobrar la respiración y se asfixió. Ahora es el ángel guardián de la comunidad, es quien, en el corazón de Jesús, vela por la comunidad. Es misterioso que permaneciera tan poco tiempo con nosotros, apenas un año.

Quizá sólo vino para sonreír
y enseñarnos el secreto de la comunión.

Hélène sólo vivía de comunión.
Tuvo tiempo de recuperarla y de enseñarnos cuánto miedo tenemos nosotros también, cuántas defensas tenemos nosotros también; quizá no la inmovilidad, como ella —solemos preferir la hiperactividad—, pero la hiperactividad también es eficaz para encerrarnos y ocultarnos de los demás.

Para acercarnos a una Hélène, también nosotros tenemos que abrirnos, dejar de querer hacer cosas, estar dispuestos también a vivir de la comunión, dejar de tener miedo de nuestra propia mansedumbre y ternura.

Hélène necesitaba que descubriéramos precisamente nuestra ternura y nuestra mansedumbre.

Ella vivió profundamente la primera bienaventuranza —era tan pobre...— y tenía enorme necesidad de la segunda: «Dichosos los pacíficos...».

Para acercarse a una Hélène hace falta mucha dulzura; para tocarla sin hierirla, hace falta una inmensa ternura, y si en nuestro interior hay violencia, no podremos tocarla. Cuanto más herido está alguien, tanta mayor dulzura es precisa. Para lavar el cuerpo de alguien que va a morir, se necesita una dulzura extrema. Hélène nos ha enseñado la segunda bienaventuranza.

Conclusión:
Aquel que responde al grito

El misterio de El Arca como misterio de Fe y Luz,
el misterio de las relaciones humanas,
es el misterio de Hélène y Kéiko.
Es el misterio de la alianza entre las personas.
Tomar conciencia de la alianza que Dios ha establecido
entre nosotros,
es avanzar por el camino de las bienaventuranzas.
Es comprender al otro, amar al otro,
y entrar en el misterio del otro.

Es verdad que caemos enseguida,
que enseguida nos cansamos,
que enseguida nos vemos atrapados en un círculo de depre-
sión-agresión e ira del que no sabemos salir.
Podemos incluso encolerizarnos contra nosotros mismos,
porque no somos capaces de ser bondadosos y aceptar
a Hélène tal como es.
También nosotros estamos heridos.
Gritamos nuestro dolor, nuestra decepción, nuestra incapa-
cidad, nuestra agresividad.
Y podemos gritar en el vacío,
pero también podemos gritar a Dios.

Dios es el Paráclito.

Se trata de una palabra que no comprendemos bien. Es difícil de traducir y es frecuente que no la traduzcamos o la traduzcamos por abogado, defensor, consolador..., pero ninguno de esos términos se corresponde verdaderamente con su sentido exacto.

Paracleitos viene de dos palabras griegas: *para*, «junto a», y *kaleo*, «llamar».

El verbo *para-kaleo* quiere decir llamar junto a uno, pedir ayuda.

El *paracleitos* es aquel que responde a la llamada.

Una madre es un paráclito para su hijo.

Kéiko era un paráclito para Hélène.

Y Dios es nuestro paráclito,

Aquel que responde a nuestro grito, que sabe interpretarlo, que puede sacarnos de nuestra cárcel, de nuestro propio sistema de defensas,

Aquel que es lo bastante bondadoso y tierno para que podamos abrirnos.

Dios es Aquel que responde al grito.

Cuando habló por primera vez del *paracleitos*, Jesús dijo:

«Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre» (Jn 14,16). Y añadió: «No os dejaré huérfanos», os enviaré una madre, un padre; no estaréis huérfanos.

Sabéis que el prototipo de grito del niño y del moribundo es siempre el mismo: «¡Mamá!».

Se dice que los hombres que mueren en los campos de batalla gritan «¡mamá!».

La llamada fundamental es una llamada a la ternura de la madre, a la delicadeza y la dulzura de la madre.

Sólo ella puede levantar el cuerpecillo frágil o el cuerpo herido, llevarlo, cuidarlo, responder a sus lágrimas, sostenerlo para que el niño o el moribundo, el que está sin defensa o aquel cuyo sistema defensivo está roto, sepa, a través de su cuerpo, que es amado.

Eso es el nombre de Dios.

No nos damos perfecta cuenta de la inmensa dulzura, de la inmensa delicadeza del Espíritu Santo, que ni nos juzga ni nos condena, sino que conoce el mundo de heridas y defensas en nosotros.

Dios responde a nuestro grito con la comunión y nos ayuda también a vivir la comunión con los demás. Sin él, no podemos.

Tenemos demasiado miedo a ser heridos una vez más, y lo que más deseamos en el mundo nos da, al mismo tiempo, un miedo atroz.

Para que Kéiko y Hélène se abran la una a la otra, para que puedan vivir en comunión mutua, es preciso que sea el Espíritu Santo quien las una.

Ser generoso es sencillo.

Es bastante fácil enviar un cheque, ir a casa de alguien, llevar regalos, y después irse.

Siempre es más fácil hacer cosas, pero es difícil ser vulnerable y entrar en comunión.

Hoy, cuando este retiro termina, quizá podamos prepararnos para reconocer nuestra alianza, regocijarnos porque nuestras casas, nuestras Arcas, son o pueden ser lugares de comunión y celebración, lugares de fiesta donde cantamos porque Dios nos ha unido. Es importante cantar su alianza.

El Jueves Santo, en Trosly, después de la misa, nos lavamos los pies los unos a los otros y después, en la mesa, comiendo el cordero pascual, recordamos: «¿Dónde estabas hace diez años?». «En el hospital psiquiátrico...». «¿Y tú?». «Yo estaba aquí o allá, me sentía solo y angustiado. Y ahora formamos en conjunto una sola familia, unida por Dios».

Y es una maravilla, un milagro.

Hemos pasado de la soledad –el asilo de San Felipe para Claudia, una cabañita para Luisito– a la comunidad.

Hemos cruzado todos el Mar Rojo, de la esclavitud del miedo a la tierra prometida de la comunión.

Así, el Jueves Santo, nos lo contamos, y después celebramos la alegría de la alianza,

recordamos el camino recorrido

y damos gracias porque estábamos solos, «no éramos un pueblo», éramos «mal amados», y ahora estamos juntos, como hermanos y hermanas, formando un pueblo amado que camina con Dios.

Es bueno que en las familias, en las casas, podamos celebrar la alianza,

dar gracias simplemente por estar juntos,

regocijarnos de que Dios nos haya unido,

nos haya confiado los unos a los otros,

cada uno en su lugar,

y en el corazón de todo, aquel que está en el origen de

todo, aquel que llama a nuestra ternura,

que nos llama a entrar en las bienaventuranzas,

el más pequeño, el más pobre.

En un mundo herido, nuestras familias, nuestras casas, nuestras comunidades, nuestras Arcas,

pueden convertirse todas en pequeños oasis.

Lugares humildes y pequeños,

solidarios de los pobres y sufrientes,

donde no hacemos grandes cosas, pero nos esforzamos por

vivir esta alianza que Dios ha establecido entre nosotros.

No lugares aparte, sino lugares abiertos,

en comunión con los demás, con los vecinos, con la gente

del barrio, pero también con los que están lejos. Todos

formamos parte del mismo cuerpo, cada uno en su

lugar, y es un mismo aliento el que nos anima.

En Isaías, Dios dice:

«¿No sabéis cuál es el ayuno que me complace?».

No las grandes manifestaciones exteriores, sino

«Romper las cadenas injustas,

soltar las coyundas del yugo,

dejar libres a los oprimidos,

y arrancar todo yugo;

compartir tu pan con el hambriento,

recibir en casa a los pobres sin hogar –los Luisitos, las

Claudias, los desdichados–,

vestir al que veas desnudo

y no apartarte de tu semejante –tu hermano, tu hermana.

Entonces brotará tu luz como la aurora,

y tu herida se curará rápidamente.

Te precederá tu justicia, y la gloria de Yahvé te seguirá.

Entonces clamarás, y Yahvé te responderá,

pedirás socorro, y dirá: “Aquí estoy”». Pero no gritarás,

no llamarás más que si tocas tu propia pobreza, tu

propia inseguridad.

«Si apartas de ti todo yugo,

todo gesto amenazador y no hablas maldad –la agresividad–,

si repartes al hambriento tu pan,

y al alma afligida dejas saciada,
resplandecerá en las tinieblas tu luz,
y lo oscuro de ti será como mediodía.

Te guiará Yahvé de continuo,
hartará en los sequeales tu alma
—te quejas de no tener bastante alimento espiritual—.
Él dará vigor a tus huesos
—tendrás la salud y la energía precisas para lo que hayas
de vivir—,
y —recuerda a la samaritana—
serás como huerto regado
o como manantial
cuyas aguas nunca faltan» (Is 58,6-11).

Sí, estoy convencido de que Jesús vela por cada uno de
nosotros,
por nuestras pequeñas Arcas, nuestras casas, nuestras
comunidades,
que Él nos llama a ser fuentes de unidad en un mundo tan
dividido,
que Él nos llama donde estemos, sea cual sea nuestra vida,
a no huir más de la realidad, a no intentar escapar median-
te sueños, ilusiones o teorías,
a no dejarlo todo para mañana, imaginando que mañana,
por arte de magia, seremos distintos,
sino a ahondar en la realidad, a descubrir que el agua
brota de la tierra
y que es ahondando en el barro,
en la realidad llena de sufrimientos y rupturas,
donde encontraremos a Dios.
Dios se hizo carne, se hizo materia, se hizo movimiento,
cambio, sufrimiento:
ya no debo tener miedo.

Está en su palabra, en su Eucaristía, en el sacramento del
perdón y en el sacramento del pobre,
está en mi propia pobreza, en mi fragilidad y en mis heri-
das.

Está oculto, pero está.
Por eso podemos cantar como María, que lleva en sí el
cuerpo oculto de Jesús:

«Alaba mi alma la grandeza del Señor,
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador,
porque ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava,
por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán
bienaventurada,
porque ha hecho en mi favor cosas grandes el Poderoso,
Santo es su nombre,
y su misericordia alcanza de generación en generación a
los que le temen.
Desplegó la fuerza de su brazo,
dispersó a los de corazón altanero.
Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humil-
des.
A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos
con las manos vacías.
Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia
—como había anunciado a nuestros padres—,
en favor de Abraham y de su linaje por los siglos».

(Lc 1,46-55)

el pozo
de Siquem

¿Dónde se encuentra la fuente de las lágrimas? ¿De dónde nacen, sino de lo más profundo y secreto de nuestro ser? Hacia esta fuente y este secreto quiere Jean Vanier llevarnos, al ritmo de los seis días de un retiro, propiciándonos seguir un camino hacia nosotros mismos. Un camino de verdad, de consuelo y de esperanza. Un camino que nos hará encontrarnos también con los demás y acercarnos de verdad a ellos, en especial a los más pobres, de quienes nos dice, en línea estricta con el Evangelio, que nos despiertan y nos sanan, que nos preceden y nos conducen por el camino de la vida.

JEAN VANIER (1928), es doctor en filosofía y enseña en la Universidad de Toronto. En 1964 fundó en la localidad francesa de Trosly-Breuil (Oise) la primera comunidad de "El Arca", que acoge a personas con discapacidad mental. En la actualidad hay ciento veinte comunidades de "El Arca" repartidas por los cinco continentes. Jean Vanier es también cofundador de "Fe y Luz", movimiento que agrupa a personas discapacitadas, a sus familiares y a sus amigos, y que cuenta con mil quinientas comunidades en todo el mundo.



Jean Vanier

La fuente de las lágrimas

157

st

Jean Vanier

La fuente de las lágrimas

Un retiro de 6 días

Sal Terrae